

CAMINAMOS POR UNA SENDA MARCADA

A. W. TOZER

PRÓLOGO

CAMINAMOS POR UNA SENDA MARCADA es el noveno volumen de la colección de editoriales de A W. Tozer. Fueron escritos para *Alliance life*, la revista oficial de la Alianza Cristiana y Misionera, durante los 14 años que Tozer fue su director.

En el editorial escogido para encabezar esta colección, Tozer, como el reformador Martín Lutero reconoce el fundamental apuro humano de la incredulidad. Sólo el hombre o la mujer cuyo objeto sea el Dios escondido detrás de la Palabra de Dios posee fe. «La persona de verdadera fe» cree que Dios ordena cada vida a pesar de las realidades valoradas por los sentidos y el intelecto. Él o ella caminan «una senda marcada», la senda dispuesta por «el secreto guión de la oculta providencia de Dios». Es un guión en el que la desgracia está «fuera de los límites de lo posible».

El incrédulo clama: «¡Soy un peón en manos de Dios!» El creyente canta: «¡Soy el amado de Dios!»

Ojala los lectores de Tozer, nuevos o ya familiarizados con él, hallen alimento espiritual en estos elocuentes destilados de la fe de la Reforma.

HARRY VERPLOEGH WHEATON, ILLINOIS ABRIL DE 1988

Caminamos por una senda marcada

Para el hijo de Dios no existen los accidentes. Camina por una senda marcada. El camino que sigue fue escogido para él cuando todavía no era, cuando todavía sólo existía en la mente de Dios.

Puede ciertamente parecer que le sobrevienen accidentes y desgracias en su camino; pero estos males lo serán sólo en apariencia, y parecerán males sólo porque no puede leer el secreto guión de la oculta providencia de Dios, y no puede por tanto descubrir el fin que Él persigue.

Cuando la verdadera fe entra en el corazón, se van para siempre de él el azar y los accidentes. No tienen tales cosas dominio sobre los nacidos del Espíritu, porque éstos son hijos de la nueva creación, estando al cuidado especial del Dios Altísimo.

Mientras peregrinan aquí abajo, estos hijos del pacto eterno pueden pagar una prenda en tributo a la naturaleza: las enfermedades, la ancianidad y la muerte pueden gravitar sobre ellos, y para los ojos no críticos pueden parecer como los demás hombres. Aquí, como en todos los otros juicios que se hacen del cristianismo, el mundo se ve completamente engañado por las apariencias, porque no puede ver que estos creyentes están «escondidos con Cristo en Dios».

El hombre de verdadera fe puede vivir con la total certidumbre de que sus pasos están ordenados por el Señor. Para él, la desgracia está fuera de los límites de lo posible. No puede ser arrebatado de esta tierra ni una hora antes del tiempo que Dios ha dispuesto, y no puede ser detenido sobre la tierra un momento después que Dios haya terminado con él aquí abajo. No es un trotamundos sin rumbo, carente de dirección en el tiempo y en el espacio, sino un santo del Señor, y el amado a quien Él cuida de una manera entrañable.

Todo esto no es un mero ensueño, ni un credo consolador entretejido como una vestimenta para dar calor a los entumecidos corazones de almas solitarias y asustadas en un mundo tenebroso y hostil. Es más bien la esencia de la verdad, una justa recapitulación de la enseñanza de la Biblia acerca de esta cuestión, y debería ser recibida con reverencia y gozo junto con todo lo demás que se enseña en las Escrituras de verdad.

*Aquí pues, ya no dudo más.
Mas en su beneplácito reposo.
De Aquel cuyo saber, amor, verdad y poder.
Dedica a darme bendición.*

La credulidad frente a la fe

LA CREDULIDAD Y LA FE son, respectivamente, como hongos venenosos y comestibles; lo suficientemente cercanos en apariencia para ser confundidos, pero tan desemejantes que sus efectos son precisamente los opuestos.

El verdadero hombre de fe es raramente crédulo, y el crédulo raramente tiene verdadera fe. La fe pertenece a los de corazón sencillo, la credulidad a los simples de mente. Y están a universos de distancia. Los primeros honran a Dios creyendo sus promesas frente a toda la evidencia; los segundos son hijos de la superstición, y no dan honra a nadie. En lugar de ello, revelan unos hábitos mentales desordenados y ausencia de percepción espiritual. Es asombroso lo que la gente puede llegar a creer cuando se lanzan a ello. Con toda razón consideran un pecado dudar de la Biblia, por lo que rehusan rechazar nada que sea servido Juntamente con la Biblia, por ridículo y antiescriturario que sea. Si la historia tiene un halo de maravilla a su alrededor, estos amigos acrílicos la aceptarán sin dudarlo y la repetirán con una voz llena de asombro y con mucho temblor solemne y las cabezas inclinadas. Multipliquemos estas personas en cada iglesia determinada, y tendremos un terreno perfecto para todo tipo de falsas enseñanzas y excesos del fanatismo.

Tenemos que cultivar un sano escepticismo hacia todo" lo que no pueda ser sustentado por la llana enseñanza de la Biblia. La creencia es fe únicamente cuando tiene por su objeto la verdad revelada de Dios; más allá de esto puede ser tan perjudicial como la misma incredulidad.

Muchas de las historias que se cuentan para justificar los caminos de Dios con el hombre pueden en realidad no demostrar otra cosa que la endeblez de la fibra intelectual del orador. Pero si se prohibieran todas las superficialidades y todos los cuentos de viejas, muchos predicadores se verían excluidos del ministerio. Es una verdadera lástima que el público cristiano tenga que verse obligado a escuchar tantas tonterías y que sea impotente para hacer nada acerca de ello.

Lo cierto es que la Palabra de Dios *no* necesita el apoyo de los hombres. se levanta sola, fuerte y majestuosa como el Cervino. Cuando pedimos la ayuda de historias de nodrizas y pobres ilustraciones para demostrar su veracidad, no hacemos nada más que revelar nuestra oculta incredulidad y airear nuestra débil credulidad.

La Biblia: el Libro de la Vida

LA BIBLIA ES UN LIBRO ÚNICO, lo que significa sencillamente que no se ha producido ningún otro libro como éste.

La Biblia no es un libro de historia, aunque contiene mucha historia, y toda la que contiene es auténtica. No es un libro de ciencia, aunque todos sus pronunciamientos acerca de cuestiones que generalmente caen dentro de la provincia de la ciencia son precisos y dignos de confianza. No es un libro de biografías, aunque sus bosquejos biográficos son con mucho los más inspiradores del mundo. No es un libro de filosofía, aunque es la suma de todo lo que es filosofía profunda y sana. No es un libro de astronomía, aunque sus referencias al sol y a las estrellas se encuentran entre los dichos más sublimes jamás registrados. No es un libro de psicología, aunque su conocimiento del funcionamiento de la mente humana deja atónito al lector y pone a su alma al desnudo. No es estrictamente un libro de teología, aunque es la fuente de toda la verdadera teología que este mundo caído vaya jamás a conocer.

¿Qué es entonces, la Biblia? Es el Libro de la Vida «Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.»

La Biblia es un libro portador y dador de vida. No trata primariamente de ningún departamento del pensamiento humano por sí mismo. Si la Biblia se refiere al arco iris, es para que nos venga a la mente el pacto de misericordia de Dios con la humanidad. Si nos narra la historia de Abraham, lo hace para que aprendamos a saber el lugar de la fe en nuestra relación con Dios. Si nos señala a la luna y a las estrellas, es para que nos demos cuenta de lo frágiles que somos. Si nos habla acerca de las aves, es para enseñarnos a confiar en nuestro Padre celestial sin temer ni dudar. Nos cuenta acerca del infierno no para dar satisfacción a nuestra morbosa curiosidad, sino para que dirijamos nuestros derroteros bien lejos de sus terrores. Nos habla del cielo para que nos preparemos para entrar en él. Registra la historia de la desgracia humana para que aprendamos el valor de la gracia divina. Tíos advierte a fin de que apartemos nuestros pies de las sendas que descieden al camino de destrucción. Nos reprende para que veamos nuestras faltas y seamos librados de ellas.

Se podrían escribir volúmenes en alabanza de la Sagrada Biblia sin emplear ni una sola palabra de más. Woodrow Wilson dijo una vez que la Biblia es un libro de tal importancia que no se puede considerar una persona instruida a nadie que no esté familiarizado con ella. Sir Walter Scott, cuando estaba muriendo, pidió «el libro». Un siervo le preguntó a cuál de sus miles de volúmenes se refería, y el gran hombre replicó: «La Biblia, naturalmente. Para un hombre que está muriendo no puede haber otro libro.» Hasta el escéptico George Bernard Shaw, durante los últimos años de su vida, tuvo cerca de sí una Biblia, y nunca viajaba sin llevar un ejemplar consigo.

Todos debíamos tener varias Biblias: una Biblia con referencias bien encuadrada para el estudio, y una Biblia de tipo grande, sin ayudas, para la lectura devocional. Éstas al menos. Y si nos lo podemos permitir (y podemos, si queremos prescindir de alguna otra cosa), debíamos tener una buena traducción moderna o dos. Su principal valor es estimular el interés permitiendo un cambio de estilo y obtener diferentes matices de traducción con respecto a la conocida versión Reina-Valera.

El dinero gastado en Biblias es dinero bien gastado. El tiempo pasado leyendo la Biblia difícilmente será tiempo mal gastado. La Biblia es el regalo supremo para amigos y seres queridos. Las Palabras dichas en favor de la Biblia son buenas palabras, y, si caen en buenos oídos, pueden resultar ser «manzanas de oro en bandejas de plata».

Vientos otoñales

VUELVEN A SOPLAR vientos otoñales.

El otoño trae consigo un mundo de emociones tan ricas y variadas como las notas de un órgano. La primavera es más estimulante y llena de expectativas, pero en el otoño hay una fortaleza callada de la que carece la primavera. No es de extrañar que a tantas personas reflexivas les encante el otoño:

Cuando se oye el son de las nueces que caen, aunque quietos los árboles están, Y parpadean las aguas del arroyuelo en la luz amortecida.

Al granjero, las primeras señales del otoño le infunden un sentimiento cálido de bienestar. Ya no se pregunta si la cosecha saldrá bien. Las hacinas repletas de maíz, las amarillas calabazas que sonríen entre ellas, los elevados pajares y los silos rebosantes le aseguran que el verano de Dios le ha sido bueno, y que su obra ha recibido recompensa.

Es hacia esta época del año también que una buena cantidad de personas se siente extrañamente afectada, y comienza a mirar más allá de los campos con una luz anhelante en sus ojos. Porque pronto comenzará la temporada de caza, y el sonido de los rifles y el ladrido de los perros serán una dulce música por los montes y a través de los prados. No todos oyen este llamamiento de entre las azules neblinas y de los campos espinosos, pero los que sí lo oyen no necesitan a nadie que se los interprete. Responden a ello como el pato silvestre responde al instinto migratorio. Después de los primeros pocos días de ensimismamiento, se les puede ver buscando su vieja cazadora o limpiando cuidadosamente su rifle favorito, mientras que el olor del buen aceite se mezcla con la fragancia de las hojas que arden en muchos lugares.

Así es el otoño para algunos. ¿Y quién diría que no es bueno? Quizá sea una de las pocas cosas inocentes que quedan ahora en el mundo.

No es de esperar que las mujeres se sientan afectadas estos días de otoño de la misma manera que los hombres, pero tampoco pueden escapar del todo al encanto del otoño. En el campo, el paisaje se enciende de colorido al dar los robles y arces su última exhibición de belleza antes de ir al largo sueño del invierno. Y las mujeres que viven encerradas en las grandes ciudades pueden también gozar de algo de la maravilla de la naturaleza, aunque sólo sea con el espectáculo de las flores en el parque, o por un toque del dorado de las hojas antes de caer, de camino por las avenidas.

No nos sentimos muy propensos a moralizar en base a los objetos naturales, pero ¿quién puede dejar de observar el paralelo entre el gran y encantador mundo de Dios y las pequeñas tribus de carne y sangre que en él habitan? ¿No está claro que cada ser humano pasa por las mismas etapas que las estaciones? La primavera, el tiempo de la infancia y de la juventud, cuando todo el mundo es una gran promesa, una promesa que los años posteriores invariablemente dejan de guardar. El verano, el período de pleno poder, cuando la vida se multiplica y es difícil creer que pueda jamás acabar. El otoño, con su reposo tras el trabajo, un gentil refrenamiento de nuestras más plenas capacidades, una gentil preparación para nuestro reposo más largo. El invierno, cuando las hojas se han caído y ha desaparecido la última señal de vida. Entonces sólo queda la fe para darnos certidumbre de que tendremos un brillante mañana.

Para el hombre fuera de Cristo, el otoño, a pesar de sus muchos atractivos, debe seguramente conllevar un profundo y oculto terror. Porque habla del inminente fin, el tiempo en que puede decirse: «Terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos». Sería desde luego cosa buena si el viento otoñal pudiera predicar al alma perdida acerca de la brevedad de la vida y del largo invierno que se avecina.

El verdadero cristiano no se entristecerá por los vientos que anuncian la llegada del Invierno. Lo mismo que la sabia hormiga, se ha preparado ya. y mientras que la rugiente tempestad se abate fuera, él dormirá feliz en Cristo mientras que el círculo de los cielos se mueve hacia la consumación de todas las cosas de las que Moisés y los profetas han hablado.

Feliz es aquel que sabe que todo está bien con respecto a él, y que se hallará entre los bienaventurados en aquel día cuando el aliento de Jesús, como una brisa de la primavera, agitará a los muertos dormidos de nuevo a la vida después de la larga noche.

La humildad vence donde la fuerza es impotente

EN EL REINO DE LOS CIELOS las cosas débiles se tornan poderosas, y las poderosas resultan frecuentemente inútiles. Dios no ve las cosas como el hombre las ve, y las cosas que son tenidas como grandes entre los hombres pueden ser menospreciadas por el Dios Altísimo, hacedor de los cielos y de la tierra.

El valor carnal tan apreciado en el reino de Adán puede ser la causa directa de una derrota constante y humillante entre los cristianos. Dios no se encuentra necesitado de emplear medios carnales para cumplir sus fines espirituales. La osada «fuerza de carácter» que ayuda a los hombres a lanzarse al frente, a conseguir los mejores trabajos, a dejar aturridos a sus oponentes, puede resultar un verdadero obstáculo en el camino de todos los esfuerzos para avanzar en la vida del Espíritu. Dios da valor a los desalentados. Y al soberbio lo conoce de lejos.

De Adán heredamos el instinto de enfrentarnos de cabeza a nuestros enemigos, de tratar de vencer mediante un ataque directo, y es sólo después de muchos aturdidores fracasos que aprendemos que no es así que se logran las victorias en el reino de lo espiritual. El enfoque carnal hace generalmente poco más que alienar al enemigo aún más de nosotros, y aún peor, nos sitúa en una posición en la que Dios no puede ayudarnos. El enemigo nunca sabe cómo tratar a un hombre humilde; está tan acostumbrado a tratar con gente orgullosa y terca que un hombre manso perturba su programa.

Y, además, el hombre verdaderamente humilde tiene a Dios luchando a su lado. ¿Y quién puede vencer contra Dios.

Por entraño que parezca, frecuentemente vencemos a nuestros enemigos sólo tras haber sido absolutamente derrotados por el Señor mismo. Dios frecuentemente vence a nuestros enemigos venciéndonos a nosotros. El derrotó a Esaú derrotando a Jacob la noche antes en la ribera de Jabod. La victoria sobre Esaú tuvo lugar en su hermano Jacob. Y a menudo es así. Cuando Dios prevé que tenemos que encontramos con un oponente mortal. El asegura nuestra victoria trayéndonos humildes a sus pies. Después de ello, todo se hace fácil. Nos hemos puesto en una posición en la que Dios puede luchar por nosotros, y en una situación como ésta, el resultado ya está decidido desde toda la eternidad.

Una palabra a los hombres acerca de las mujeres

PODRÍA SER UNA experiencia humillante para algunos de nosotros los hombres que se nos dejara ver cuánto de valor espiritual permanente está siendo llevado a cabo por las mujeres en las iglesias. Como en los días de su carne. Cristo sigue teniendo devotas seguidoras que van bien dispuestas en pos de Él y que le sirven. La tendencia masculina a tener en menos a estas «damas elegidas» no habla demasiado bien de los miembros varones de la comunidad espiritual. Nos conviene algo más de humildad, y también un poco de gratitud.

Si la oración es (como creemos en verdad) una parte integral del esquema general divino de las cosas, y tiene que ser ofrecida si se debe llevar a cabo la voluntad de Dios, entonces las oraciones de las miles de mujeres que se reúnen cada semana en nuestras iglesias son de valor inestimable para el reino de Dios. Que tengan más poder, y que su número se incremente diez veces.

Pero guardémonos de no caer en el pusilánime hábito de depender de que las mujeres de la iglesia oran por nosotros. Si nuestro trabajo nos impide, como sucede normalmente, celebrar reuniones de oración durante el día, compensémoslo de alguna manera, y cuidémonos de que oremos tanto como debiéramos.

La oración no es una tarea que pueda ser encomendada a uno u otro grupo en la iglesia. Es responsabilidad de cada uno de nosotros; es el privilegio de cada uno de nosotros. La oración es la respiración de la iglesia; sin ella nos asfixiamos, y al final morimos, como un cuerpo vivo que se vea privado del aliento de la vida. La oración no conoce sexo, porque el alma no tiene sexo, y es el alma la que debe orar. Las mujeres pueden orar, y sus oraciones recibirán respuesta; pero lo mismo puede orar el varón, y así debieran hacerlo si quieren llenar el puesto que Dios les ha dado en la iglesia.

Guardémonos de que no nos deslicemos imperceptiblemente a un estado en el que las mujeres oran y los varones dirigen las iglesias. Los hombres que no oran no tienen derecho alguno a dirigir asuntos de la iglesia. Creemos en el liderazgo de hombres dentro de la comunidad espiritual de los santos, pero este liderazgo debiera ser alcanzado por valía espiritual.

El liderazgo exige visión, ¿y de dónde vendrá la visión excepto de horas pasadas en la presencia de Dios en oración ferviente y humilde? En igualdad de condiciones, una mujer que ora conocerá la voluntad de Dios para la iglesia mucho mejor que un hombre que no lo hace.

No abogamos aquí por la entrega de las iglesias a las mujeres, pero sí que abogamos por un reconocimiento de los apropiados requerimientos para el liderazgo entre los varones si es que quieren seguir decidiendo la dirección que las iglesias deben tomar. El accidente de ser varón no es suficiente. Sólo la hombría espiritual califica para ello.

«Búscaos, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo» (Hechos 6:3). Los hombres escogidos como consecuencia de esta instrucción se convirtieron en los primeros diáconos de la iglesia. Así fue como la dirección de ciertos asuntos de la iglesia fue encomendada a hombres espiritualmente calificados. ¿No deberíamos nosotros mantener hoy día la misma norma?

No hay cristianos insignificantes

UNO DE LOS PENSAMIENTOS MAS ABRUMADORES que pueden sobrevenir al corazón humano es la insignificancia del hombre medio. Visto frente a la larga procesión de las eras y de las incontables multitudes que han habitado en la tierra, ninguno de nosotros somos más que un grano de arena en la extensa costa.

Se precisa de algo de reflexión para hacer que esto adquiera en nuestras mentes sus verdaderas proporciones. Se puede contar con que el ego humano acentúe nuestra valía individual y que dé una falsa permanencia a lo que es cualquier cosa menos permanente. En su orgullo, un hombre puede sentirse tan importante que le cueste contemplar que el mundo vaya a continuar una vez él desaparezca de la escena. Pero todo lo que tenemos que hacer es esperar. El tiempo lo molerá a polvo y lo arrojará a los vientos. Sus amigos desaparecerán uno a uno de sus lugares familiares, y nadie quedará que lo recuerde. Las generaciones que vendrán echarán sobre él capas y capas de olvido, y dejará de tener ningún sentido terrenal. Dejará de ser un nombre, y se transformará en una mera estadística.

Esta consideración, si no otra, debería disponernos a abrazar el mensaje de Cristo. Éste mensaje es tan pleno y tanto abarca que nunca es posible exponer en un párrafo, en una página o en un volumen todo lo que es. Es dudoso, de hecho, que todo el mundo pudiera contener los libros si se debiera describir toda la maravilla del evangelio. Pero entre los beneficios de la Cruz se encuentra, y no de los insignificantes, la dignificación del individuo. No importa lo insignificante que pueda haber sido antes, un nombre se transforma en significativo una vez ha tenido un encuentro con el Hijo de Dios. Cuando el Señor pone su mano sobre alguien, aquel hombre deja en el acto de ser ordinario. De inmediato se transforma en extraordinario, y su vida alcanza una significación cósmica. Los ángeles del cielo toman nota de él. y acuden a ser sus ministros (Hebreos 1:14). Aunque el hombre hubiera sido antes sólo uno de la anónima multitud, una mera cifra en el universo, una mota de polvo invisible arrastrada por el viento por interminables desolaciones, ahora adquiere un rostro, un nombre y un lugar en el esquema de lo que es significativo. Cristo conoce a sus ovejas «por su nombre».

Un Joven predicador se presentó al pastor de una gran iglesia metropolitana con estas palabras: «Soy sólo el pastor de una pequeña iglesia rural al norte de aquí.» «Hijo mío», le contestó aquel sabio ministro, «no hay iglesias pequeñas». Y no hay cristianos desconocidos ni hijos insignificantes de Dios. Cada uno de ellos es significativo, cada uno de ellos es una «señal» que atrae sobre sí, día y noche, la atención del Dios Trino. El que había carecido de rostro lo posee ahora, el ser anónimo tiene nombre ahora, cuando Jesús lo recoge de entre la multitud y lo llama para sí mismo.

No hay duda de que contristamos al Señor cuando pensamos acerca de nosotros mismos como siendo mas pequeños de lo que somos en el plan de Dios. En nosotros mismos nada somos, y la inmensa sima de olvido a la que nos estábamos dirigiendo era el lugar que nos pertenecía. No hemos merecido parte alguna en el interés de Dios, ni lugar en sus afectos: nuestros pecados nos han hecho perder cualquier título que hubiéramos podido tener ante Dios como Creador. Pero la sangre del pacto eterno lo ha cambiado todo. Nuestro título ahora es el de un hijo ante su Padre. Tenemos derecho a la casa del Padre, y podemos sentarnos a la mesa sin temor. En el reino de Dios sí que tenemos significación.

La tragedia del despilfarro

A CADA UNO DE NOSOTROS Dios le ha dado un depósito según a Él le ha parecido bien: más a unos, menos a Otros. Y por cuanto Dios nada nos debe, todo lo que nos da puede ser atribuido a su inmerecida generosidad. El hombre con una provisión mayor no osará quejarse contra Dios por haberle dado menos que lo recibido por su vecino. Los dones de Dios no son deudas que Él nos pague, sino dones gratuitos que nos otorga de su pura misericordia.

Una cosa que se enseña abundantemente en las Sagradas Escrituras es que mientras que Dios nos da libremente sus dones. Él nos exigirá una cuenta estricta de los mismos al final del camino. Cada hombre es personalmente responsable de su provisión, sea ésta grande o pequeña, y se le demandará que explique el uso hecho de la misma delante del tribunal de Cristo.

La «provisión» no es nada nuevo, sino la familiar relación de las posesiones humanas: tiempo, talentos, bienes terrenales, oportunidades. Aunque son cosa tan común como la hierba junto al camino, su desperdicio constituye una de las más abrumadoras tragedias de la vida.

Primero, tenemos el *tiempo*. A ninguno de nosotros le sobra. El grajo que bate las alas sobre el prado probablemente vivirá más tiempo que el que más viejo llegue de nosotros. El árbol que arroja su sombra sobre la soñolienta vaca en los pastos puede que también haya visto el paso de nuestro abuelo cuando era un chico, y puede que permanezca para contemplar el paso de los hijos de nuestros hijos. Y que tengamos tan poca provisión de tiempo constituye una poderosa razón para que aprovechemos al máximo el que tenemos. Pero ¿cuántas horas no pasamos no haciendo nada o haciendo lo que no debíamos? Nuestro cínico desperdicio de precioso tiempo podría ser una razón de por qué no se nos da más. ¿Quién lo sabe? Jesús dijo una vez: «Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada.»

El tiempo perdido ya no se puede recuperar. Aunque simpatizamos con el contenido emocional de la vieja canción: «Vuelve, oh vuélvete, tiempo, en tu volar», es sin embargo difícil concebir una apelación más inútil. El tiempo no vuelve para atrás. Un viejo no rejuvenece, sino que el Joven envejece. Así ha sido siempre, y así siempre será. El ave del tiempo pasa delante de nosotros y desaparece: «las hojas de la vida siguen cayendo una a una, y el vino de la vida sigue escapando gota a gota». Tenemos que trabajar mientras se dice «hoy».

Luego tenemos los *talentos*. Éstos están incluidos en la provisión global que nos ha concedido nuestro Padre Celestial. Tanto si tenemos uno como muchos talentos, al final tendremos que rendir cuentas, y el factor decisivo para nosotros no será cuántos talentos tuvimos sino lo que hicimos con ellos. La historia del hombre que enterró su talento en tierra es una lectura inquietante para el cristiano negligente que descuida hacer uso de sus dones. Algunos con unos dones modestos han obtenido una brillante hoja de servicios espirituales; otros con mucho mayores capacidades han juguetado durante el verano de la vida como la cigarra de la fábula, dejando sus dones sin usar mientras que el tiempo iba pasando. Esto, repetimos, es una tragedia, y que sea cosa común no lleva a hacerlo menos trágico.

El dinero es otro apartado. Los cristianos americanos ganan tanto y lo gastan tan a manos llenas que han llegado inconscientemente a darlo por supuesto, y han olvidado que serán estrictamente Juzgados por el uso que hayan hecho del mismo. El Señor sigue estando de pie en la tesorería, y observando lo que se pone allí. Esto ha sido transformado en un chiste por unos humoristas que están siempre listos a encontrar algo divertido en cada referencia al dinero. Pero se puede decir sin ningún género de dudas que habrá pocas risas cuando el Señor, con sus ojos como llama de fuego, pase a revisar nuestras cuentas y lleve a cabo una Justa auditoría. Más valdría que hagamos nosotros ahora una pequeña auditoría por nuestra cuenta mientras hay tiempo de enmendar nuestros descuidos.

Dios nos ha dado también abundancia de *oportunidades*. Una oportunidad se puede definir como una circunstancia providencial que nos permite poner en función nuestro tiempo, nuestro dinero y nuestros talentos. De todos los dones, es el más común, y es el que hace que los otros dones nos sean de valor a nosotros y a la humanidad. El cristiano sabio estará al quite de las oportunidades para hacer el bien, de hablar la palabra de vida a los pecadores, de orar la oración intercesora que puede mover al rescate.

El enemigo de la oportunidad es el ensimismamiento. Precisamente cuando Dios nos envía una oportunidad para lograr una gran victoria para la humanidad, algunos de nosotros estamos demasiado ocupados en otras cosas para darnos cuenta de ella. O nos damos cuenta de ella cuando es demasiado tarde. Los viejos griegos

decían que la oportunidad tiene sólo un mechón, pero que por detrás está bien afeitada. Si no se tomaba la oportunidad cuando llegaba, sería en vano tratar de hacerse con ella cuando había ya pasado.

Es posible que el peor efecto del despilfarro sea el hábito mental que origina. Dejar que el tiempo, el dinero o los talentos se desperdicien es perjudicarnos a nosotros mismos. Es dañarnos en nuestro interior en lo más serio.

El éxito es costoso

EL ÉXITO ES COSTOSO en cualquier campo, pero el que esté dispuesto a pagar el precio puede alcanzarlo.

El pianista de conciertos tiene que esclavizarse a su instrumento. Debe estar sentado delante de él cuatro horas cada día cinco días a la semana. El científico tiene que vivir para su trabajo. El filósofo tiene que dedicarse a pensar, y el académico a sus libros. El precio puede parecer excesivamente caro, pero los hay que consideran que la recompensa vale la pena.

Las leyes del éxito operan asimismo en el más elevado campo del alma: la grandeza espiritual tiene su precio. La eminencia en las cosas del Espíritu exige una devoción a estas cosas más completa que la que muchos de nosotros estamos dispuestos a dar. Pero no se puede escapar a esta ley. Si queremos ser santos, sabemos la manera; delante de nosotros está la ley de la vida santa. Los profetas del Antiguo Testamento, los apóstoles del Nuevo y, más aún, las sublimes enseñanzas de Cristo, están ahí para decirnos cómo alcanzar el éxito.

Debido a una mala comprensión de la doctrina de la gracia, algunos rehuyen la idea de que las leyes de Dios operan en el reino de los cielos. Establecen una radical dicotomía entre las cosas naturales y las espirituales, y rehusan admitir ninguna relación entre ellas. Para hacerlo así tienen que pasar por alto el hecho de que los escritores de la Biblia, en todas sus enseñanzas, recurrieron copiosamente a las fuentes de la vida común. Para ellos, toda la naturaleza proclamaba el mensaje de Dios: desde la humilde hoja de hierba junto al camino hasta el sol y las estrellas en el alto cielo. Reyes y granjeros ofrecían ilustraciones acerca de los caminos de Dios; la hormiga y el gorrión dieron su contribución; el insensato aparece como horrible ejemplo, y el perezoso sentado en su casa en ruinas o andando entre las hileras de su mustio maíz servía como deprimente ejemplo de lo que podía hacer la pereza al hombre que no estuviera dispuesto a vencerla. El propietario que comenzaba a construir sin haber antes contado el costo, el rey que comenzaba una guerra sin saber que la ganaría, el granjero que puso la mano en el arado y que luego cambió de opinión y miró atrás, todos éstos son ejemplos que se nos dan en la Biblia, y todos ellos nos dicen lo mismo: que la espiritualidad tiene dentro de ellos un sólido núcleo de inteligencia, que el éxito de la vida de la fe exige sentido común, trabajo duro y una sabia cooperación con la ley de causa y efecto.

La cantidad de holgazanería practicada por el cristiano medio en las cosas espirituales arruinaría a un pianista de concierto si se permitiera hacer lo mismo en el área de la música. La ociosidad que vemos en los círculos eclesiales acabaría con la actividad de un futbolista en una semana. Ningún científico podría resolver su intrigante problema si se tomara tan poco interés en él como el que se toman los cristianos en general en el arte de ser santos. La nación cuyos soldados fueran tan blandengues e indisciplinados como los soldados de la iglesia se vería derrotada por el primer ene migo que la atacara. Los triunfos no los logran hombres cómodamente arrellanados en butacones. El triunfo es costoso.

Si querernos progresar espiritualmente, debemos separarnos para las cosas de Dios y concentrarnos en ellas con exclusión de miles de cosas que el mundano considera importantes. Tenemos que cultivar nuestra relación con Dios en la soledad y en el silencio; tenemos que hacer del reino de Dios la esfera de nuestra actividad y trabajo como un granjero en su campo, como un minero en la tierra.

Despachando las distracciones

AL FRACASAR EN sus ATAQUES FRONTALES contra el hijo de Dios, Satanás pasa frecuentemente a medios más sutiles para, lograr sus malvados propósitos. Recurre a métodos retorcidos en su intento de apartar al cristiano de su tarea que Dios le ha encomendado. Y frecuentemente logra sus propósitos involucrando al santo en alguna otra ocupación y, de esta manera, distrayéndole.

Nehemías, aquel buen siervo de Dios, se levantó de su llanto para hacer algo con respecto a una visión que Dios había puesto en su corazón. En la providencia divina, fue pronto transferido de Susa a su amada ciudad, Jerusalén, revestido de autoridad y dotado de los materiales para reedificar la ciudad desolada.

Cuando los propósitos y planes de Nehemías fueron dados a conocer a los hombres de Jerusalén, todos se levantaron con un clamor decidido: «Levantémonos y edifiquemos.»

La primera añagaza del enemigo, al oír de la empresa, fue ridiculizar todo el plan. Sanbalat. Tobías y Gésem se rieron de Nehemías y de sus colaboradores hasta el escarnio. Sin amilanarse. Nehemías replicó con todo aplomo: «El Dios de los cielos, él nos prosperará.» Y la obra prosiguió conforme al plan.

Después que todos los otros medios hubieran fracasado en el intento de impedir la reconstrucción, los conspiradores intentaron celebrar una conferencia con

Nehemías. El hombre de Dios vio en ello un malvado propósito para perjudicarlo y apartarlo de su monumental obra. Su réplica a los que intentaban frenarle y dañarle es clásica, y bien podría ser adoptada como respuesta normativa para todo este tipo de iniciativas: «Yo hago una gran obra, y no puedo ir: porque cesaría la obra, dejándola yo para ir a vosotros» (Nehemías 6:3).

La gran tarea a la que Dios había llamado a Nehemías era tan importante que se debía dejar a un lado toda otra consideración. ¡Ojalá que nosotros tuviéramos un sentimiento tan intenso de estar dedicados a los negocios de nuestro Padre que rechazáramos toda sugerencia del maligno que quisiera llevarnos a alguna empresa menos importante! Rechacémosle con aquellas palabras que se remontan al 445 a.C, y que no pueden ser mejoradas: «Yo hago una gran obra, y no puedo ir.»

Las palabras de Satanás, en su intento de distraernos, provienen a veces de los lugares más inesperados. Marta quería sacar a María de su lugar donde estaba sentada a los pies del Maestro. A veces, si nos descuidamos, nuestro mejor amigo puede distraernos. O pudiera tratarse de alguna actividad muy legítima. Las exigentes demandas de una actividad inacabable nos sacarían demasiadas veces y bien pronto de los pies de Jesús. Estas distracciones deben ser de inmediato despachadas, o sólo conoceremos «la esterilidad de la actividad».

Las agencias cada vez más numerosas y las actividades insólitas de mucha de la actual programación evangelística pueden servir para distraernos si no estamos en guardia, y llevamos a algún serpenteante camino vecinal que acaba en vía muerta. Nos mantendremos en la meta propuesta aferrándonos a la tarea de evangelización mundial a la que Dios nos ha llamado mediante los métodos probados y acrisolados que Dios ha bendecido, evitando así el lodazal de un infructuoso denominacionalismo por una parte, y de una febril y estéril actividad por la otra.

En un mundo como el nuestro, tenemos que dominar el arte, y mantenemos en él, de despachar las distracciones.

Un cristiano no puede echar a otros la culpa

UNA VIDA ENTERA DE OBSERVACIÓN, lectura de la Biblia y oración ha llevado a la conclusión de que lo único que puede obstaculizar el progreso de un cristiano es aquel mismo cristiano.

El verdadero hijo de Dios puede vivir y crecer en circunstancias totalmente desfavorables a esta vida y crecimiento. Las circunstancias externas de poco o nada pueden servir en la vida espiritual del cristiano. Toda la filosofía del camino espiritual nos exige que lo creamos.

Por esta razón, es siempre malo inculpar a nadie o a nada por nuestros fracasos espirituales o morales. Dios ha ordenado las cosas de tal manera que sus hijos pueden crecer con tanto éxito en medio de un desierto como en la tierra más fértil. Es necesario que sea así, siendo como es que el mismo mundo es un campo en el que nada puede crecer excepto por algún milagro. El viejo himno hace esta pregunta retórica: «¿Es acaso este mundo un amigo de la gracia, que me pueda ayudar a seguir en pos de Dios?» Y la respuesta implicada es que no. La gracia opera sin la ayuda del mundo.

Poco importa lo retorcida que sea la vida de nadie, hay esperanza para él si sólo establece una actitud recta para con Dios y rehusa admitir cualquier otro elemento en su pensamiento espiritual. *Dios y yo*; ahí está el comienzo y el fin de la religión personal. La fe rehusa reconocer que haya o pueda haber jamás una tercera parte en esta santa relación.

La actitud es de suma importancia. Que el alma asuma una serena actitud de fe y de amor para con Dios, y desde entonces la responsabilidad es de Dios. Él cumplirá sus compromisos. No hay en la tierra un lugar solitario en el que no pueda vivir un cristiano y alcanzar la victoria espiritual, si Dios lo envía allí. El lleva consigo a su propio ambiente, o le es suplido sobrenaturalmente cuando llega allí. Por cuanto no depende para su salud espiritual de las normas morales locales ni de las actuales creencias religiosas, vive a través de un millar de cambios terrenos, sin quedar por ello afectado por ninguno de ellos. Tiene un suministro privado de lo alto, y es en realidad un pequeño mundo dentro de un mundo, y una gran maravilla para el resto de la creación.

Debido a que esto es así, podemos ver fácilmente por qué nunca debiéramos echar a otros la culpa de nuestros fracasos. El hábito de buscar una consolación barata echando la culpa de nuestro pobre comportamiento a las circunstancias desfavorables es un mal muy perjudicial, y no debiera ser tolerado ni por un minuto. Vivir una vida entera creyendo que nuestra debilidad interior era el resultado de una situación externa, y luego descubrir al final que éramos nosotros los que teníamos la culpa, es algo demasiado penoso para contemplarlo.

Diez mil enemigos no pueden detener a un cristiano, ni siquiera frenarlo, si se enfrenta a ellos con una actitud de plena confianza en Dios. Para él vendrán a ser como la atmósfera que se resiste al avance del aeroplano, pero que debido a que el diseñador del aeroplano sabía cómo aprovechar esta resistencia, viene en realidad a coadyuvar a la elevación de la aeronave y a mantenerla en lo alto en su larga travesía a través de todo un océano. Lo que habría sido un enemigo para el aeroplano se convierte en un útil siervo para ayudarlo en su vuelo.

Lo principal a recordar es esto: Jamás deberíamos echar a nada ni a nadie la culpa de nuestras derrotas.

No importa lo malas que sean las intenciones de ellos, son absolutamente incapaces de dañarnos hasta que comencemos a inculparles y a emplearlos como excusa para nuestra incredulidad. Es entonces que se vuelven peligrosos; sin embargo, somos nosotros los que tendremos la culpa, y no ellos.

Si esto parece un poco de mera teoría, recordemos que siempre los mayores cristianos han surgido de tiempos duros y de tensas situaciones. Las tribulaciones trabajaron en realidad, para coadyuvar en su perfeccionamiento espiritual en cuanto a que les enseñaron a no confiar en sí mismos sino en el Señor que levantó a los muertos. Aprendieron que el enemigo no podía detener su avance a no ser que se rindieran a los apremios de la carne y comenzaran a quejarse. Y lentamente aprendieron a dejar de quejarse y a comenzar a alabar. ¡Es así de sencillo... y eficaz!

La verdad también conlleva problemas

LA VERDAD RESUELVE ALGUNAS dificultades y crea otras.

«La verdad os hará libres»; esto es, libres de los males, de los yugos, de las cargas que impone el pecado.

Pero esta misma verdad conlleva problemas de otra clase. Y no puede ser de otra manera, ya que estamos obligados a mantener la verdad en un mundo dedicado a la mentira. La sociedad humana está en callada conspiración contra la verdad cuando toca a cosas espirituales y morales. El alma dedicada a la verdad de Dios nunca es popular entre las multitudes. Le hacen pagar su amor a la verdad. Y esto le crea un problema.

Siempre y en cada momento en que la verdad es encamada en un hombre, aquel hombre va a ser blanco de todo tipo de oposición, desde el casual insulto envenenado de un pretendido amigo hasta la campaña cuidadosamente preparada de un enemigo declarado. El problema que esto le crea al hombre que se mantiene por la verdad es cómo aceptar estos ataques con un espíritu de caridad, cómo mantener la cabeza fría y paciente cuando todos sus viejos reflejos naturales le apremian a devolver golpe por golpe con cada arma a su disposición.

El hombre al que Cristo ilumina con su mensaje tiene ojos. y esto resuelve el viejo problema de la ceguera; pero tiene que emplear sus nuevos ojos en un mundo de ciegos, y esto suscita otro problema. Sumido en su ceguera el mundo se resiente de la afirmación que él hace de poder ver, y hará todo lo posible para desacreditar su afirmación. La verdad de Cristo da certidumbre, y elimina por ello el anterior problema del temor y de la incertidumbre, pero esta certidumbre será interpretada como fanatismo por las multitudes acosadas por el temor. Y más tarde o más temprano este malentendido causará problemas al hombre de Dios. Y así con muchos otros de los bienaventurados beneficios del evangelio. En tanto que permanezcamos en este mundo retorcido, estos beneficios suscitarán sus propios problemas. No podemos escapar a ellos.

Pero ningún cristiano instruido se va a quejar por ello. Más bien aceptará sus problemas como oportunidades para el ejercicio de las virtudes espirituales. Las tornará en disciplinas útiles para la purificación de su vida y se regocijará de que se le permita sufrir con su Señor. Porque por muy severas que puedan ser las pruebas de un cristiano, no pueden durar mucho tiempo, y el bendito fruto que producen permanecerá por las edades eternas.

Por qué algunos cristianos caen mal

EN OCASIONES LOS CRISTIANOS sufrimos oposición y persecución por razones que nada tienen que ver con nuestra piedad. Nos gusta creer que es nuestra espiritualidad lo que irrita a la gente, cuando, en realidad, puede que sea nuestra personalidad.

Cierto, el espíritu de este mundo está opuesto al Espíritu de Dios; el que es nacido de la carne perseguirá al nacido del Espíritu. Pero, una vez admitido todo esto, sigue siendo cierto que algunos cristianos se ven en problemas por su culpa, y no por su semejanza al carácter de Cristo. Más nos valdría admitirlo y hacer algo acerca de ello. Ningún bien nos puede venir de tratar de ocultar nuestros desagradables e irritantes rasgos de carácter detrás de un versículo de las Escrituras.

Uno de los extraños hechos de la vida es que los pecados groseros son frecuentemente menos ofensivos y siempre más atractivos que los espirituales. El mundo puede tolerar a un borracho o a un glotón o a un sonriente fanfarrón, mientras que desencadenará su furia salvaje contra el hombre de vida externamente justa que se hace culpable de aquellos refinados pecados que no reconoce como tales, pero que pueden ser mucho más pecaminosos que los pecados de la carne.

Todo acto adquiere más potencia al ir dirigiéndose hacia el interior, al corazón. Por esta razón, los pecados del espíritu son más inicuos que los del cuerpo. Esto lo ilustró poderosamente la actitud de nuestro Señor para con estas dos clases de pecados y las dos correspondientes clases de pecadores. Él fue amigo de publicanos y ramera, y enemigo de los fariseos.

Todo pecado es pecaminoso, y será fatal para el alma si no es perdonado y limpiado. Pero con respecto a intensidad de iniquidad, los pecados del espíritu tienen una especial categoría. Y, sin embargo, son precisamente los pecados que con mayor probabilidad son cometidos por personas religiosas.

El pecador descuidado se expresa abiertamente, y así «libera» la tensión moral. El pecador religioso no lo hace así generalmente. Escarnece los actos externos de maldad, y empuja su pecado hacia el santuario de su alma, donde permanece en estado de alta presión. La notoria acritud de muchas personas religiosas puede explicarse de esta manera.

Podría ser un choque turbador para nosotros saber por qué le disgustamos a la gente, y por qué nuestro testimonio es rechazado tan violentamente. ¿Podría ser que somos culpables de una profunda pecaminosidad de carácter que no podemos ocultar? Arrogancia, falta de caridad, menosprecio a los demás, pretensión de justicia, esnobismo religioso, disposición a criticar a los demás, y todo esto mantenido bajo un cuidadoso freno y disfrazado por una sonrisa piadosa y un buen humor artificial. Esta especie de cosa es *sentida* más que comprendida por parte de los que nos tocan en la vida diaria. Ellos no saben por qué no pueden aguantarnos, pero *¡nosotros* estamos seguros de que la razón es nuestro exaltado estado de espiritualidad! Peligrosa consolación ésta. Mejor sería escudriñar a fondo el corazón y un arrepentimiento prolongado.

Pero no demos por supuesto que si somos perseguidos se debe a nuestras faltas. Puede ser por la razón opuesta. Puede que nos aborrezcan porque primero han aborrecido a Cristo, y si es así, entonces somos verdaderamente bienaventurados. Lo que se debe tener presente es que no se debe dar nada por supuesto. Puede que seamos mejor de lo que nos pensamos, pero esto no es muy probable. Mejor es ser humildes.

Si Cristo lleva la carga

«Si ME PONEN UNA CARGA ENCIMA y otro de inmediato la quita y la pone sobre sí», dijo Meister Eckhart, «no me significa ninguna diferencia, tanto si se trata de uno como de cien kilogramos».

En las Escrituras parecen reconocerse tres clases de cargas. Primero, la carga de la ayuda amante que se nos amonesta que nos demos unos a otros: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo» (Gálatas 6:2). En segundo lugar, la carga de la responsabilidad moral que nadie puede pasar a otro. «Porque cada uno llevara su propia carga» (Gálatas 6:5). En tercer lugar, la carga resultante de nuestro estado caído consistente en pecado, temor, preocupación, frustraciones, dolores, remordimientos, recuerdos amargos y autoacusaciones.

La primera carga nunca hizo daño a un alma. La segunda puede incluso llegar a ser una fuente de consuelo si nuestros corazones son rectos. Es el tercer tipo de carga el que envejece, causa arruga y mata. Y no hay ninguna razón válida por la que tengamos que seguir llevándola (o llevándolas, porque hay muchas de esta clase). «Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará» (Sal. 55:22). Esto es lo que el buen Eckhart tenía en mente cuando sugirió que ninguna carga sería más pesada que otra si el Señor la llevaba por nosotros.

Las cargas innecesarias están aplastando a la gente y agostando sus vidas cada día. Las instituciones mentales están rebosantes y los psiquiatras están haciendo un enorme negocio porque la carga de vivir se está haciendo mayor que lo que podemos soportar. La civilización no ha disminuido nuestras cargas excepto en lo que atañe al cuerpo; las cargas del corazón se están haciendo cada vez más numerosas, y la ciencia no ha hallado remedio alguno. La voz sedosa del facultativo puede que alivie la mente por un tiempo, pero la enfermedad está demasiado ahondada para que vaya a ceder ante medidas tan inadecuadas.

Lo cierto es que podríamos vivir más y mejor y ser mucho más dichosos y útiles si aprendiéramos a echar nuestras cargas sobre el Señor. Entonces no importaría lo pesadas que fueran, porque Él las llevaría por nosotros.

Amar es la voluntad de, la intención

ENTRE LAS VÍCTIMAS INOCENTES de esta estéril y degenerada época no hay ninguna tan pura y hermosa como el amor.

Después del término *Dios* con sus varias formas, no hay término tan bello en todo el idioma. Pero se puede decir sin ambages que esta hermosa palabra ha sufrido de tal manera en casa de sus amigos que ahora apenas si es reconocible. Para la inmensa masa de la humanidad, el amor ha perdido su sentido divino. El novelista, el autor teatral, el psicoanalista, el escritor de canciones populares de amor, han abusado durante demasiado tiempo de este bello ser. Por amor al dinero, la han arrastrado por las cloacas de la mente humana hasta que al mundo no le parece que se trata de nada más que de una ramera desaliñada y gorda para la que nadie tiene ni el menor respeto, la mención de cuyo nombre sólo suscita un guiño o una sonrisa afectada llena de embarazo. Al perder el contenido divino del concepto del amor, al hombre moderno le queda ahora sólo lo que sería de esperar; una desvergonzada zafia a la que corteja día y noche con unas canciones que harían ruborizar a un chimpancé.

El hombre civilizado ha causado esta trágica caída al asociar el amor exclusivamente con el sexo, y luego popularizando el error con todos los medios a su disposición. Millones de jóvenes hoy son totalmente incapaces de pensar en el amor excepto en términos de la indigna promiscuidad de Hollywood. Los diarios informan hoy en día de los numerosos casamientos de la gente del cine con cifras: «Era el tercer casamiento para ella: el cuarto de él.» Y si no fuera cosa tan trágica para los interesados, sería enormemente cómico leer acerca de una estrella de la pantalla entrevistada por la prensa, asegurando solemnemente al público que en aquel momento no está «enamorada». Éste es un empleo totalmente degradante de la palabra, y habla más de bestias que de hombres hechos a imagen de Dios.

Para millones de personas, el amor es una atracción emocional, nada más que esto, y tan inestable e impredecible como un relámpago. En cambio, la Biblia enseña que el verdadero amor es un principio benevolente, y que *está bajo el control de la voluntad*. Si el amor fuera meramente una emoción, ¿cómo podría Él mandarnos que lo amemos, o que amemos a nuestro prójimo? Nadie puede «enamorarse» por orden de otro, si enamorarse significa verse repentinamente atrapado por un ataque de amor, en el sentido en que uno puede verse sacudido por una descarga eléctrica o por un severo ataque de tos.

«Amar», dijo Meister Eckhart, «es la voluntad de, la intención». Con esta definición es posible obedecer el mandamiento divino de amar a nuestro prójimo. Puede que no seamos capaces en mil años de sentir un brotar de emoción para con ciertos «prójimos», pero podemos ir delante de Dios y decidir solemnemente amarlos, y el amor vendrá. Por la oración y una aplicación del poder penetrante de Dios, podemos dirigir nuestros rostros a querer el bien de nuestro prójimo, y no su mal, todos los días de nuestras vidas, y esto es amor. La emoción puede que venga, o puede que no se dé un cambio apreciable en nuestros sentimientos hacia él, pero es la intención lo que importa. Querremos su paz y prosperidad, y nos pondremos a su disposición para ayudarlo en todas las formas posibles, incluso hasta el punto de poner nuestras vidas por causa de él.

El amor, así, es un principio de buena voluntad, y está en buena medida bajo nuestro control. No se niega aquí que pueda ser avivado hasta llegar a ser un fuego gigantesco. Desde luego, el amor de Dios por nosotros tiene en sí una poderosa carga de sentimiento, pero por debajo de todo ello hay un principio permanente que desea nuestra paz. Probablemente, el amor de Dios para con la humanidad nunca fue más hermosamente expresado que por el ángel en el nacimiento de Cristo: «gloria a Dios en lo más alto; y en la tierra paz; buena voluntad para con los hombres.»

El bando de Dios contra el bando errado

SIEMPRE Y EN TODO MOMENTO que hay una controversia entre Dios y un hombre, Dios está siempre en lo cierto, y el hombre siempre equivocado. «Así que eres justo cuando sentencias, e irreprochable cuando Juzgas» (Salmo 51:4).

La única manera en la que alguien puede estar en lo cierto es acudir al lado de Dios. El que se aferró a su propio bando está para siempre errado.

Los puntos en los que se Juntan el camino de Dios y el del hombre son generalmente cuatro (aunque pueda haber muchos más), y por lo general encontraremos nuestras diferencias con Dios en alguna de estas cuatro áreas.

Primero: *nuestros pensamientos*. La inspiración divina ha declarado que los pensamientos del hombre son vanos, y en la profecía de Isaías Dios expone su alegato ante nosotros con tanta claridad que apenas si es necesario hacer comentario alguno: «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice Jehová. Pues así como los cielos son más altos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos» (Isaías 55:8-9).

Segundo, nuestras *normas morales*. Hay probablemente tantas ideas acerca de la rectitud como personas en el mundo, y sería inútil discutir que una sea mejor que otra. La prueba no es cuál código es el mejor, sino si el tal código concuerda con las Escrituras. En las Escrituras cristianas, el Señor de toda la tierra declara su voluntad moral para la humanidad, y denota una profunda sabiduría buscarla y amoldarse a ella. En otro caso estamos a merced de nuestros engañosos corazones. Para todos los hombres de fe, la voluntad de Dios es la justicia. El alma creyente no debatirá acerca de esto. Lo aceptará y llevará la controversia a su fin.

El tercer punto de posible controversia está en nuestra *forma de vivir*. Esto abarca la totalidad de nuestras vidas en la tierra como están decididas por nuestras ideas morales básicas. Nuestra manera de vivir es simplemente nuestro código moral en su fluir diario.

El cuarto es *nuestros planes*. El cristiano que ha aceptado en principio la verdad de Dios como su norma de conducta y que se ha sometido a Cristo como su Señor puede verse sin embargo tentado a establecer sus propios planes, e incluso a luchar por ellos cuando son desafiados por la Palabra de Dios o por la voz interior del Espíritu. Los humanos somos una raza planifica-dora y calculadora, y nos gusta decir: «Mañana haré esto o lo otro...» Pero nuestro Padre Celestial nos conoce demasiado bien para confiar nuestro camino a nuestra propia planificación, por lo que muy frecuentemente somete sus propios planes a nuestra atención, y nos demanda que los aceptemos. Justo ahí se agita en ocasiones una controversia entre el alma y Dios. Pero sería mejor que no insistiéramos en nuestro propio camino. Será siempre malo para nosotros a la larga. Es mejor el camino de Dios.

Entre los hombres, las cuestiones tratadas tienen generalmente más de una cara; a veces tienen múltiples facetas. Los pros y los contras están a menudo tan finamente equilibrados entre sí que es casi imposible saber dónde se encuentra la razón. Pero para Dios hay sólo una cara. El bando de Dios es bueno y santo, y todos los otros bandos están en un error, aumentando el grado y la seriedad del error conforme uno va alejándose del centro de la voluntad de Dios.

Nuestro deseo de autopreservación moral debería dictar que acudiésemos de inmediato al bando de Dios y que allí nos mantuviéramos incluso si (como es probable que suceda) ello puede tener como resultado que estemos en desacuerdo con las filosofías y códigos morales humanos. No podemos ganar cuando obramos en contra de Dios, y no podemos perder cuando obramos con Él.

Ahora bien, ¿cómo podemos saber de cierto qué lado es el de Dios? Nadie en esta época tan avanzada debiera tener que hacer tal pregunta, pero ya que muchos la hacen sinceramente, nos sentimos dichosos de poder responder. Hay un Libro que dice de sí mismo: «Y habló Dios todas estas palabras», y acerca del que se dice: «E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios, fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria» (1 Timoteo 3:16). La familiaridad con este Libro dará luz a todos los caminos oscuros y nos mostrará el lado correcto de todas las cuestiones suscitadas. Y, naturalmente, este Libro es la Biblia.

*¡Oh qué gloria la sagrada pagina en oro torna Majestuosa cual el sol! Una luz a cada época despide;
La da, pero ninguna prestada toma.*

Orando sin condiciones

JULIANA DE NORWICH. Al comenzar su maravillosa vida cristiana, dirigió una oración a su Salvador, y luego añadió estas sabias palabras: «Y esto te pido sin condición alguna.»

Fue esta última sentencia la que le dio poder para el resto de su oración, y que trajo la respuesta en poderosas avenidas al ir transcurriendo los años. Dios pudo responder a la oración de ella porque no tenía que hacer ningún tipo de arreglos con ella. No cercó sus oraciones con ningún tipo de limitaciones ni condiciones. Quería ciertas cosas de Dios a toda costa. Por así decirlo. Dios sólo tenía que enviarle la factura. Ella estaba dispuesta a pagar cualquier precio para lograr lo que consideraba bueno para su alma y para la gloria de su Padre Celestial. Esto es orar de verdad.

Muchos de nosotros echamos a perder nuestras oraciones siendo demasiado «delicados» con el Señor (como lo expresó un antiguo escritor). Pedimos con el tácito sobrentendido de que el coste tiene que ser razonable. No obstante, ¡todo tiene un límite, y no queremos ser fanáticos! Queremos la respuesta como algo añadido, no algo quitado. No queremos nada radical ni fuera de lo ordinario, y queremos que Dios se acomode a nuestras conveniencias. Así, incluimos un pliego de condiciones con cada una de nuestras oraciones, lo que le hace imposible a Dios responderla.

En un mundo como el nuestro, el valor es una virtud indispensable. El cobarde puede acurrucarse en su rincón, pero el valiente alcanza el premio. Y en el reino de Dios el valor es tan necesario como en el mundo. El alma tímida es tan digna de lástima sobre sus rodillas como en sociedad.

Cuando entramos en la cámara de oración, tenemos que entrar llenos de fe y armados de valor. En ningún otro lugar del campo del pensamiento religioso se precisa de tanto valor como en la oración. El orante eficaz tiene que serlo sin condiciones. Tenemos que creer que Dios es amor, y que, siendo amor, no puede hacernos daño, sino siempre bien. Entonces tenemos que echarnos delante de Él y orar osadamente por todo lo que sepamos que nuestro bien y su gloria demandan, ¡y el costo no se interpondrá! Todo aquello que Él en su amor y sabiduría pueda valorar en contra de nosotros, lo aceptaremos complacidos porque así le complace a Él. Una oración así no puede quedar sin respuesta. El carácter y la reputación de Dios garantizan su cumplimiento.

Debiéramos siempre mantener en mente la infinita bondad de Dios. Nadie tiene que temer poner su vida en sus manos. Su yugo es fácil; su carga es ligera.

Oh Señor, ¡vuélvenos a Ti!

Es MÁS QUE PROBABLE que en toda la historia de los Estados Unidos nunca haya habido en ningún momento tanta actividad religiosa como la que existe en la actualidad. Y también es muy probable que nunca existiera menos espiritualidad.

Por la razón que sea, el activismo religioso y la piedad son cosas que no siempre van juntas. Para descubrir esto, sólo es necesario observar la actual escena religiosa. No hay, desde luego, ausencia de esfuerzos por ganar almas, pero muchos de nuestros ganadores de almas dan la impresión de que son poco más que vendedores de una marca de cristiandad que sencillamente no conduce a la santidad.

Si esto te choca como poco caritativo, haz esta pequeña prueba; arrodíllate y lee con reverencia el Sermón del Monte. Deja que se apodere de tu corazón. Atrapa su «sentir» espiritual. Intenta concebir qué clase de persona sería la que viviera sus enseñanzas. Luego compara tu concepción con el producto de la moderna cadena de producción religiosa. Encontrarás todo un mundo de diferencia tanto en conducta como en espíritu. Si el Sermón del Monte es una buena descripción de la clase de persona que debiera ser un cristiano, entonces ¿a qué conclusión debemos llegar acerca de las multitudes que han «aceptado» a Cristo y que sin embargo no exhiben un rasgo moral o espiritual como los descritos por nuestro Señor?

Ahora bien, la experiencia nos ha preparado para la réplica que seguramente oiremos de amigos de tierno corazón. «¿Quiénes somos nosotros para juzgar? Tenemos que dejar a estos profesos cristianos al Señor y cuidarnos de nuestra propia casa. Y, además, debíamos sentirnos agradecidos por todo el bien que se está haciendo, y no estropearlo buscando faltas.»

Todo esto suena muy bien, pero es una expresión de un *laissez faire* religioso que se echaría descuidadamente a un lado y que dejaría que toda la iglesia de Cristo degenerara moral y espiritualmente sin osar levantar una mano para ayudar o dar una voz para advertir. Y no lo hicieron así los profetas. No lo hicieron así ni Cristo, ni sus apóstoles, ni los reformadores; y no lo hará nadie que haya visto abierto el cielo y haya visto visiones de Dios. Elías hubiera podido mantenerse callado y se hubiera ahorrado muchos problemas. Juan el Bautista hubiera podido quedarse callado y salvar su cabeza; y cada mártir hubiera podido haber recurrido al *laissez faire* y muerto cómodamente en su cama cargado de días. Pero con ello habrían desobedecido a Dios y se habrían expuesto a un severo juicio en el día de Cristo.

La ausencia de devoción espiritual en la actualidad es un signo ominoso y un portentoso. La moderna iglesia sólo tiene menosprecio hacia las virtudes sobrias: la mansedumbre, la modestia, la humildad, la apacibilidad, la obediencia, el desprendimiento, la paciencia. Para ser aceptada en la actualidad, la religión tiene que estar en la corriente popular. Y por ello mucha de la actividad religiosa rebosa de soberbia, de exhibicionismo, de autoafirmación, de promoción del ego, de amor de ganancia y de entrega a los placeres triviales.

Nos corresponde tomarnos todo esto en serio. Se está agotando el tiempo fijado para cada uno de nosotros. Lo que se debe hacer se debe hacer rápidamente. No tenemos derecho a permanecer ociosos y dejar que las cosas sigan su curso. Un granjero que deja de cuidar su rebaño encontrará a los lobos haciéndolo por él. Una caridad mal entendida que permite que los lobos destruyan el rebaño no es caridad en absoluto, sino indiferencia, y debería ser llamada por su nombre y tratada en consecuencia.

Es hora de que los cristianos creyentes en la Biblia comiencen a cultivar las gracias sobrias y que vivan entre los hombres como hijos de Dios y herederos de las edades. Y esto demandará más que un poco de acción porque todo el mundo y una gran parte de la iglesia están lanzados a impedirlo. Pero si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?

Herejía entre los santos

LA HEREJÍA NO COMPORTA TANTO rechazar como seleccionar. El hereje simplemente selecciona las partes de la Escritura que desea enfatizar y deja ir el resto.

Esto se ve por la etimología de la palabra *herejía* y por la práctica del hereje. «Cuidado», advertía un escriba editorial del siglo 14 en el prefacio a un libro. «Cuidate de no tomar una cosa según tus afectos y gustos, y dejes otra: porque ésta es la condición de un hereje. Toma, al contrario, cada una de las cosas con la otra.» Aquel viejo escriba sabía muy bien cuan propensos somos a tomar para nosotros aquellas partes de la verdad que nos complacen, y a ignorar las otras partes. Y esto es herejía.

Casi cada secta con la que hemos tenido alguna familiaridad practica este arte de seleccionar y de ignorar. Las sectas que niegan el infierno, por ejemplo, habitualmente destacan aquello en la Biblia que parece sustentar su posición, y minimizan o tratan de racionalizar todos los pasajes que tratan del castigo eterno.

Pero haremos bien en mirar más cerca de casa. La propensión a la herejía no se limita a las sectas. Por naturaleza, todos somos herejes. Los que nos consideramos dentro de la tradición histórica de la sana doctrina podemos, en nuestra práctica real, llegar a ser herejes de algún tipo. Podemos seleccionar inconscientemente, para nuestra atención especial, aquellos pasajes de las Escrituras que nos consuelan o alientan, y pasar por alto aquellos que nos reprenden y amonestan.

Somos tan propensos a caer en este lazo que podemos vemos en él antes que nos demos cuenta.

Tomemos, por ejemplo, la Biblia «bien marcada». Podría ser una experiencia iluminadora examinar una de ellas y observar cómo su dueño ha subrayado casi exclusivamente los pasajes que le consuelan o que sustentan sus puntos de vista sobre la doctrina. Por lo general nos encantan los versículos que nos son indulgentes, y rehuimos aquellos que nos perturban.

Indudablemente, Dios nos acompaña tanto como puede en este tratamiento débil y unilateral de las Sagradas Escrituras, pero no puede complacerse en esta manera de actuar. Nuestro Padre Celestial se complace en ver que nos desarrollamos y crecemos espiritual-mente. No quiere que vivamos enteramente en una dieta de dulces. Para nuestro aliento nos da Isaías 41, pero también nos da Mateo 23 y el libro de Judas, y espera que lo leamos todo. El capítulo 8 de Romanos es uno de los más sublimes pasajes de la Biblia, y tiene una popularidad bien merecida; pero necesitamos también Segunda de Pedro, y no debiéramos rehuir leerla. Cuando leamos las epístolas de Pablo, no deberíamos detenernos al terminar las secciones doctrinales, sino que deberíamos pasar más allá y leer las tonificantes exhortaciones que siguen después de ellas. No deberíamos detenernos en Romanos 11; el resto de la epístola es también importante, y si queremos tratar limpiamente nuestras almas, tenemos que darle la misma atención que dimos a los primeros 10 capítulos.

En resumen, la salud de nuestras almas demanda que nos tomemos toda la Biblia tal como es y que dejemos que efectúe su obra en nosotros. No podemos permitirnos ser selectivos con nada tan importante como la Palabra de Dios y nuestro propio futuro eterno.

Acerca de sobrellevarse las debilidades mutuas

NUESTRO SUBLIME IDEALISMO DEMANDARÍA que todos los cristianos deben ser perfectos, pero un descarnado realismo nos obliga a admitir que la perfección es rara incluso entre los santos. Lo sabio es aceptar a nuestros hermanos y hermanas en Cristo tal como son en lugar de como debieran ser.

No queremos con esto excusar la pereza de los santos ni darle un escondrijo a la carnalidad, pero es necesario que afrontemos la realidad. Y la llana realidad es que el cristiano medio — y nos referimos a un verdadero cristiano— está aún bien lejos de ser como Cristo en su carácter y en su vida. Hay mucho de imperfecto en nosotros, y es apropiado que lo reconozcamos y que clamemos a Dios para que nos dé caridad para sobrellevarnos unos a otros. La iglesia perfecta no se encuentra en esta tierra. La iglesia más espiritual tendrá siempre en ella a algunos que siguen acosados por la carne.

Dice un antiguo proverbio italiano que «el que no quiera un hermano que no sea perfecto se tendrá que resignar a no tener hermanos». Por muy anhelantemente que deseemos que nuestro hermano en Cristo se dirija a la perfección, tenemos que aceptarle como es y aprender a ir junto con él. Tratar con impaciencia aun hermano imperfecto es exhibir nuestras propias imperfecciones"

El apóstol Pablo escribió: «Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles.

y no agradarnos a nosotros mismos» (Romanos 15:1). Él acepta así llanamente que habrá miembros débiles entre los miembros creyentes de la comunidad espiritual que llamamos la iglesia local. Nos dice que los sobrellevemos o que los aguantemos en sus debilidades.

Ahora bien, ¿quiénes son las personas débiles en la iglesia? ¿Cómo podemos identificarlas? No cómo podemos encontrarlas, porque desde luego son las personas más fáciles de encontrar. Sus mismas debilidades hacen que resalten. El hermano débil es el que tiene escrúpulos penosos acerca de los alimentos (Romanos 14:1-2); o bien tiene profundas convicciones acerca de ciertos días santos (Romanos 14:5-6); o bien su comprensión de la verdad del evangelio es débil, y se ve obligado a aguantarse con varias muletas que puede haber encontrado en algún ático religioso. Para él, estos escrúpulos son sagrados, y por ello es probable que trate de imponerlos sobre todos los demás, y al hacerlo así va con toda seguridad a constituirse en una verdadera molestia. Ahí es donde el cristiano «fuerte» recibe su oportunidad de poner a prueba su paciencia. No osará despachar al encendido hermano; tiene que sobrellevarlo en amor, sabiendo que también él forma parte de la compañía de los redimidos.

Esta breve lista no agota en absoluto el número de debilidades que probablemente hallaremos en la asamblea cristiana. ¿Quién no ha tenido que soportar amantemente a un hermano (o hermana) que padecen de logorrea, la propensión incurable a hablar sin pausa ni puntuación? El hecho de que la conversación sea «religiosa» no la hace menos penosa. Y el hermano inestable que pasa su tiempo bien cayendo, bien levantándose otra vez, que está o bien saltando de gozo o echado de bruces lamentando su dura suerte... ¿qué iglesia hay que no tenga uno o dos de estos creyentes en su seno? Luego tenemos al Mark Twain del santuario, cuyos testimonios deben ir siempre acompañados de un elemento de pretendido humor; y para frustrarle algo tenemos al hombre de solemne rostro que no puede sonreír, y para el que las humoradas son pecado mortal. Añadamos a esta lista la hermana cuyas oraciones son acusaciones contra la iglesia o quejas autocompasivas acerca de la manera en que la están tratando otros miembros de la grey.

¿Qué haremos acerca de estos hermanos y hermanas débiles? Si los tratamos como se merecen, podemos dejarlos irrecuperables. Lo que debemos hacer es aceptarlos como cruces y llevarlos sobre nosotros por amor a Jesús. En el gran día en que hayamos llegado a ser semejantes a nuestro señor y hayamos dejado atrás todas las imperfecciones, no sentiremos haber soportado pacientemente las flaquezas de los débiles.

Hombres santos y acciones santas

EMERSON SE QUEJA en uno de sus ensayos de que la sociedad tiende a pasar por alto nuestra esencial humanidad y a pensar en nosotros como que *somos* lo que *hacemos*. No debiera haber granjeros, argumenta él, ni carpinteros, ni pintores; debería haber sólo *hombres* que dirigen granjas, que pintan y que trabajan en carpintería.

Esta distinción es sutil, pero de inmensa importancia, porque lo más vital acerca de cualquier hombre no es lo que hace o lo que tiene, sino lo que *es*. Y, en primer lugar, un hombre tiene que ser un nombre, esto es, un ser humano libre en la tierra, libre para hacer todo aquello que su humanidad básica le demande hacer. Y, pecado aparte (el cual es una anormalidad moral, una enfermedad del corazón humano), todo lo que el hombre haga es bueno, natural y agradable para Dios. El hombre fue hecho a imagen de Dios; es esta imagen la que le dio su elevado honor como hombre y lo señaló como algo singular y aparte. Su ocupación — granjero, carpintero, minero u oficinista — es totalmente incidental. Haga lo que haga para ganarse la vida, es siempre un hombre, una criatura especial de Dios.

Excepto por la presencia del pecado en la naturaleza humana, no podría haber una señal más noble que la vista tan frecuentemente en calles ciudadanas o en una activa carretera: «Hombres trabajando.» Sea lo que sea que esté haciendo, lo significativo es que es un hombre.

«Le hiciste un poco menor que los ángeles» (Hebreos 2:7). Y nada que haga puede cambiar en grado alguno su humanidad esencial. Su obra no puede ni elevarlo ni degradarlo: estando hecho a imagen de Dios, puede sublimar el trabajo por el hecho mismo de que se dedica a ello. Un príncipe camina casualmente por una vereda campestre, y aquella vereda se convierte para el populacho en algo diferente y maravilloso. Puede que antes hubieran transitado por ella mil bueyes, pero ahora se trata de un campo regio. El humilde camino de vacas no ha degradado al príncipe: más bien, lo ha elevado con su presencia. Así es como el hombre ve las cosas, pero sirve para ilustrar una verdad más sublime.

«Vuestro llamamiento», decía Meister Eckhart al clero de su tiempo, «no puede haceros santos, pero vosotros podéis hacerlo santo». No importa cuán humilde sea este llamamiento, un hombre santo puede hacerlo un llamamiento santo. Un llamamiento al ministerio no es un llamamiento a ser santo, como si el hecho de ser ministro fuera a santificar a nadie; más bien, el ministerio es un llamamiento a un hombre santo que ha sido santificado de otra manera que por la obra que lleva a cabo. El verdadero orden es: Dios santifica aun hombre por la sangre, el fuego y severa disciplina. Luego llama al hombre a llevar a cabo una obra especial y el hombre, siendo santo hace santa la obra a su vez.

El anónimo autor de *Cloud of Unknowing* {*Nube de desconocimiento*) expone severamente esta verdad a sus lectores: «Cúidate, pobre miserable,... y nunca te consideres más santo ni mejor por la dignidad de tu llamamiento... sino más miserable y maldito, a no ser que hagas en ti lo bueno, por gracia y por consejo, para vivir según tu llamamiento.»

Todo lo que con esto queremos decir es que en tanto que las buenas acciones no pueden hacer bueno al hombre, también es cierto que todo lo que un hombre bueno haga es bueno porque él es bueno. Las acciones santas no son santas porque sean un tipo de acciones en lugar de otro. Sino por qué las lleva a cabo un hombre santo. «Todo buen árbol da buenos frutos... No puede el árbol bueno dar malos frutos.» (Mateo 7:17, 18).

Cada persona debería cuidarse de que esté totalmente limpiado de todo pecado, totalmente rendido a toda la voluntad de Dios y lleno del Espíritu Santo. Entonces no será conocido por lo que *hace*, sino por lo que *es*. Será, ante todo, un hombre de Dios y lo que sea en segundo lugar: un hombre de Dios que pinta o extrae carbón de la mina o que labra la tierra o que predica o que dirige un negocio, pero siempre un hombre de Dios. Esto, y no el tipo de trabajo, decidirá la calidad de sus acciones.

Hermosura en Navidad

PARA LAS NACIONES de la tierra que han conocido la historia de Jesús, la Navidad es indudablemente el más hermoso tiempo del año.

Aunque la celebración del nacimiento del Salvador tiene lugar en lo más cerrado del invierno, cuando en muchos lugares del mundo los ríos están helados y los paisajes fríos y tristes, sigue habiendo hermosura en la temporada navideña; no la hermosura tierna de las flores de la primavera ni el callado encanto del verano intenso, o ni siquiera la dulce gracia de los colores del otoño. Se trata de una hermosura de tipo distinto, más rica, más profunda y llena de exaltación, aquella hermosura que unas consideraciones del amor y de la misericordia traen delante de la mente.

Aunque somos conscientes de los abusos que han brotado alrededor de esta época festiva, seguimos mal dispuestos a rendir este antiguo y amado día de Navidad al enemigo. Aunque aquellas emociones más puras que todos sienten en Navidad son, en la mayoría de los corazones, cosa bien pasajera, es sin embargo *algo* que una raza perdida y caída rinda tributo, aunque sólo por un día, a aquellas más grandes cualidades de la mente: el amor y la misericordia, el sacrificio y una vida dada por sus enemigos. Mientras los hombres sean capaces de elevarse hasta tales alturas, hay esperanzas de que no se hayan apartado irremisiblemente de su día de gracia. Un corazón capaz de admirar y de ser tocado por la historia del nacimiento en un pesebre no está aún abandonado, por pecaminoso que sea. Hay todavía esperanza de arrepentimiento.

La Navidad volverá y se irá este año, como lo ha hecho a lo largo de los siglos ya desvanecidos, y, después de un breve momento de bondad sentida, los del frío y duro mundo volverán a sus matanzas, odios e intentos de ganarse en astucia y vencerse unos a otros. Las cosas no han mejorado, dirán los cínicos, con respecto a lo que eran antes. Todo esto es un mito infantil.

Sabemos lo que piensan, y sabemos lo que dirán. Y Dios sabe que los hechos parecen dar apoyo a las ideas de ellos. Pero el fin no ha llegado aún. El mundo no ha visto lo último del Cristo Niño. El hecho de que haya en los corazones humanos caídos unos rastros suficientes de deseo espiritual para agitarlos a un breve tributo cuando se narra la casta y hermosa historia de la Navidad constituye suficiente respuesta a la acusación del cínico. Los hombres que *quieren* ser buenos, aunque sea sólo por un día, pueden *llegar a ser* buenos si su deseo crece lo suficiente.

Todo esto no es mera teoría. Los hay a miles cada año que encuentran su deseo de salvación y de santidad demasiado agudo para soportarlo, y se vuelven a Aquel que nació en un pesebre para morir en una cruz. Entonces, aquella hermosura pasajera de la Navidad entra en sus corazones para morar allí para siempre. Porque ¿quién es el que imparte tal hermosura a la historia de Navidad? No es otro que Jesús, el Deseable.

El segundo mejor libro para un cristiano

A FIN DE expresarme más libremente sobre una cuestión que está muy dentro de mi corazón, echaré a un lado el más bien pomposo *nosotros* editorialista, y hablaré en primera persona del singular.

Lo que tengo en mente es el lugar del himnario en la vida devocional del cristiano. Para el propósito de devoción interior, sólo hay un libro que pueda ser puesto por encima del himnario, y éste es, naturalmente, la Biblia. Digo esto sin limitación de ningún tipo: después de las Sagradas Escrituras, el siguiente mejor compañero para el alma es un buen himnario.

Para el hijo de Dios, la Biblia es el libro de todos los libros, que debe ser reverenciado, amado, recorrido arriba y abajo sin fin y tomado como manjar, como el pan viviente y maná del alma. Es el mejor libro, sin ninguno que se le pueda comparar, el *único* libro indispensable. Ignorarla o descuidarla es condenar nuestras mentes al error y nuestros corazones al hambre.

Después de la Biblia viene el himnario. Y recordemos, no me refiero a un libro de cánticos ni aun libro de cánticos evangélicos, sino a un verdadero himnario que contenga la crema de los grandes himnos cristianos que nos han dejado los siglos.

Una de las serias debilidades del actual evangelicalismo es la calidad mecánica de su pensamiento. Un Cristo utilitario ha tomado el puesto del radiante Salvador de otros y más felices tiempos. Este Cristo es capaz de salvar, cierto, pero se piensa en Él como haciéndolo de una manera práctica como por encima del mostrador, pagando nuestra deuda y cortando el recibo como un funcionario que reconoce el pago de una multa. Mucho del pensamiento religioso de nuestro pequeño círculo evangélico está caracterizado por una psicología de cajero de banco. La tragedia de esta concepción es que es verdad sin ser toda la verdad.

Si los cristianos modernos deben acercarse a la grandeza espiritual de los santos bíblicos o conocer los deleites interiores de los santos de los tiempos post-bíblicos, deben corregir esta incorrecta perspectiva y cultivar las hermosuras del Señor nuestro Dios en una dulce experiencia personal. Para alcanzar un estado tan dichoso, un buen himnario será de más ayuda que cualquier otro libro en el mundo, excepto la misma Biblia.

Un gran himno incorpora los más puros pensamientos concentrados de algún sublime santo que puede haber partido hace mucho tiempo de la tierra, habiendo dejado poco o nada detrás de sí, excepto aquel himno. Leer o cantar un verdadero himno es unirse en el acto de adoración con una gran y bien dotada alma en sus momentos de íntima devoción. Es oír a un amante de Cristo explicando a su Salvador por qué le ama; es escuchar sin embarazo los más suaves susurros de un amor imperecedero entre la novia y el Esposo celestial.

A veces nuestros corazones son extrañamente tercos y no se suavizan ni enternecen por mucha oración que hagamos. En estas ocasiones ocurre con frecuencia que la lectura o canto de un buen himno funde la capa de hielo y permite que comiencen a fluir los afectos interiores. Este es uno de los usos del himnario. Las emociones humanas son curiosas y difíciles de suscitar, y hay siempre el peligro de que puedan ser suscitadas mediante usos erróneos y por razones erróneas.

El corazón humano es como una orquesta, y es importante que cuando el alma comienza a tocar sus melodías, un David, un Bernardo o un Watts o un Wesley estén en el podio. La devoción constante por medio del himnario garantizará este feliz acontecimiento y, además, protegerá al corazón de ser dirigido por malvados directores.

Cada cristiano debiera tener junto a su Biblia una copia de algún himnario estándar. Debería leer la una y cantar del otro, y se quedará entonces sorprendido y encantado de descubrir lo mucho que se parecen. Los poetas cristianos dotados han puesto, en muchos de nuestros grandes himnos, la verdad con música. Isaac Watts y Charles Wesley (posiblemente por encima de todos los demás) supieron conjugar el arpa de David con las Epístolas de Pablo y darnos doctrina en cánticos, una teología extática que deleita mientras alumbra.

El vital papel de la autocrítica

EN IGUALDAD DE CONDICIONES, un cristiano progresará espiritualmente justo en la proporción a su capacidad de criticarse a sí mismo.

Pablo dijo: «Sí, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados» (1 Corintios 11:31). Escapamos al juicio crítico de Dios ejerciendo un autojuicio crítico. Toda la filosofía de la instrucción reposa en la idea de que el discípulo está equivocado, y que está tratando de ser rectificado. Ningún maestro puede corregir a su discípulo a no ser que el discípulo acuda a él con humildad. La única actitud apropiada para el discípulo es la de una humilde ausencia de autoconfianza. «Soy ignorante», dice él, «y estoy dispuesto a ser enseñado. Estoy en un error, y estoy dispuesto a ser corregido». En este espíritu semejante al de un niño, la mente es hecha capaz de mejorar.

La rapidez con la que se logren mejoras en la vida dependerá del todo del grado de autocrítica que introduzcamos en nuestras oraciones y en la escuela de la vida diaria. Que alguien caiga en el engaño de que ha llegado a la meta, y se detendrá todo su avance hasta que haya visto su error y lo haya abandonado. Pablo dijo: «No que lo haya alcanzado ya, ni que ya haya conseguido la perfección total: sino que prosigo, por ver si logro darle alcance, puesto que yo también fui alcanzado por Cristo Jesús» (Filipenses 3:12).

Algunos cristianos esperan de una manera vaga que el tiempo les ayudará a crecer mejor. Esperan que el transcurso de los años los ablandará y los hará más semejantes a Cristo. Éste es un pensamiento tan tierno y patético que uno siente dudas antes de lanzarse a denunciar su error esencial. Pero será mejor que conozcamos la realidad ahora mientras podemos hacer algo, en lugar de proseguir enternecidos y con ensueños de esperanza... y totalmente errados. Un árbol torcido no se endereza con la edad; y tampoco un cristiano torcido.

Todo esto es para decir que un cristiano en su crecimiento tiene que tener en sus raíces las vivificantes aguas del arrepentimiento. El cultivo de un espíritu arrepentido es absolutamente esencial para un avance espiritual. Las vidas de los grandes santos nos enseñan que la desconfianza en uno mismo es vital para la piedad. Incluso cuando el alma obediente yace postrada ante Dios, o prosigue en obediencia reverente, convencida de que está llevando a cabo la voluntad de Dios con una perfecta conciencia, sentirá sin embargo un sentimiento de total quebrantamiento y una profunda consciencia de que está aún bien lejos de ser lo que debiera ser. Ésta es una de las muchas situaciones paradójicas en las que se encontrará el hombre humilde al proseguir conociendo al Señor. Todos hemos visto a la persona que comienza todos sus argumentos con la proposición inatacable de que está en lo cierto y que razona desde allí. Hemos recibido unas cuantas cartas que pretendían resolver todas las cuestiones, no exponiendo razones, sino estableciendo las calificaciones del escritor para pronunciar juicios. «¿Cómo se atreve usted a poner en tela de juicio mis acciones?», dice él. «Soy el principal líder en mi campo. He escrito todos estos libros y he hablado a todo este número de personas durante todo este largo período de todos estos años.» Y, por ende, no se debe tomarme a la ligera, ni se deben poner mis opiniones en tela de juicio. Si yo lo hago, es correcto. *Ipse dixit*. Él lo ha dicho.

Esta manera de actuar sería cómica si no fuera trágica. Sólo la mencionamos para señalar la verdad que estamos considerando y para mostrar mediante un horrible ejemplo lo que una persistente autoconfianza hará a un carácter humano. Que el público acepte a un hombre como inusual, y pronto se verá tentado a aceptarse a sí mismo como por encima de toda reprensión. Pronto una dura corteza de impenitencia cubrirá su corazón y ahogará su vida espiritual casi fuera de la existencia. La curación, si es que ha de haberla, es naturalmente sencilla. Que mire a su pasado y a la cruz en la que murió Jesús. Si puede seguirse defendiendo después de esto, que se mire a su propio corazón y que diga lo que encuentra allí. Si tras esto puede seguir jactándose, cerremos la cubierta del ataúd.

Debiéramos señalar aquí un peligro (porque habrá siempre peligros en el camino del progreso espiritual): es que podamos llegar a ser morbosamente introspectivos y perdamos el legítimo ánimo dichoso de nuestras almas. Esto no debemos hacerlo nunca, y podemos evitarlo dejando que Cristo atraiga nuestra atención en vez de nuestras propias almas. La norma segura es: Siempre que nos miremos a nosotros mismos, estemos contritos; cuando miremos a Cristo, estemos gozosos. Y miremos a Cristo la mayor parte del tiempo, mirando hacia adentro sólo para corregir nuestras faltas y dolemos por nuestras imperfecciones.

El mejor don de Dios

Los DONES DE Dios SON MUCHOS; su mejor don es uno. Es el don de Sí mismo. Por encima de todos los dones. Dios desea más darse a Sí mismo a su pueblo. Siendo nuestra naturaleza lo que es somos las más apropiadas de las criaturas para conocer a Dios y gozarnos con Él. «Porque Tú nos has hecho para Ti mismo, y nuestro corazón no halla el descanso, hasta que lo halla en Ti» (de *Las confesiones de san Agustín*).

Cuando Dios le dijo a Aarón: «De la tierra de ellos no tendrás heredad, ni entre ellos tendrás parte. Yo soy tu parte y tu heredad en medio de los hijos de Israel», les estaba prometiendo de hecho una parte infinitamente por encima de todas las tierras de Palestina y toda la tierra que pudiera añadirse (Números 18:20). Poseer a Dios... ésta es la final y suprema herencia.

Hay un sentido en el que Dios no da nunca un don excepto que se dé a Sí mismo con ello. El amor de Dios, ¿qué es sino Dios dándose a Sí mismo en amor? La misericordia de Dios es sólo Dios dándose en misericordia, y así con todas las otras bendiciones y beneficios tan libremente derramados sobre los hijos de la expiación. Bien hondo dentro de cada bendición divina está el Divino mismo morando como en un santuario.

Absalón moró dos años enteros en Jerusalén y no vio el rostro del rey. Aunque el rey era su propio padre. ¿No los hay muchos en el reino de Dios que no tienen consciencia de Dios, que parecen no saber que tienen derecho a sentarse a la mesa del Rey y a tener comunión con Él? Éste es un mal que yo he visto bajo el sol, y es una carga dura y penosa.

Conocer a Dios, esto es vida eterna; éste es el propósito para el cual somos y fuimos creados. La destrucción de nuestra consciencia de Dios fue el golpe maestro dado por Satanás en el día negro de nuestra transgresión.

Devolvernos a Dios fue la principal obra de Cristo en redención. Impartirse a Sí mismo a nosotros en la experiencia personal es el primer propósito de Dios en salvación. Traer una aguda consciencia de Dios es la mejor ayuda que el Espíritu introduce en santificación. Todos los otros pasos en la gracia conducen a esto.

Si sólo se nos permitiera una petición, podríamos ganar de golpe todas las otras cosas pronunciando una oración inclusiva de todo:

¡Tú, Señor! Dame a Ti mismo, y nada más puedo desear.

Cuidado con la parcialidad

HAY UN MAL que he visto debajo del sol, un mal que crece en lugar de disminuir. Y es tanto más peligroso cuanto que es hecho sin premeditación dolosa, sino más bien descuidadamente y sin mala intención.

Es el mal de darles a los que tienen y de retener de los que no tienen. Es el mal de bendecir con voz alta a los que ya tienen bendición, y de dejar que los no benditos y marginados queden olvidados.

Que aparezca un hombre en una comunión cristiana loca, y que sea uno cuya fama suena, cuya presencia vaya a añadir algo al que lo agasaja, y de inmediato se abren una docena de hogares y se le ofrece todo tipo de bien dispuesta hospitalidad. Pero los oscuros y poco conocidos tienen que contentarse con sentarse en los márgenes del círculo cristiano, sin verse una vez invitados a ningún hogar.

Éste es un gran mal y una iniquidad que espera al juicio del gran día. Y está tan extendido que apenas si alguno de entre nosotros puede afirmar estar libre de él. Así que lo condenamos con la mayor de las humildades y con el reconocimiento de que también nosotros tenemos una medida de culpa.

Ninguna persona observadora Intentará negar que una gran cantidad de dinero cristiano está siendo gastado en aquellos que no lo necesitan, mientras que los pobres y los necesitados y los que carecen de ayuda quedan muchas veces relegados y sin ayuda, aunque sean también cristianos y siervos de nuestro común Señor. (La iglesia moderna parece ser, en esta cuestión, tan ciega y parcial como el mundo.)

Nuestro Señor nos advirtió en contra del lazo de mostrar bondad sólo a los que puedan devolverla, y con ello cancelar todo bien positivo que podamos haber pensado que hacíamos. Mediante este criterio, se está desperdiciando una gran cantidad de actividad religiosa en nuestras iglesias. Invitar a unos bien alimentados y bien cuidados amigos a compartir nuestra hospitalidad con el pleno conocimiento de que seremos invitados para recibir la misma bondad por nuestra parte a la primera tarde conveniente no constituye en ningún sentido un acto de hospitalidad cristiana. Es de la tierra, terrenal; no comporta sacrificio alguno; su contenido moral es nulo, y será contado como madera, paja y hojarasca ante el tribunal de Cristo.

El mal que aquí se discute era común entre los fariseos de los tiempos del Nuevo Testamento. En el capítulo 23 de Mateo. Cristo denunció implacablemente todo aquello, y al hacerlo se ganó la enemistad imperecedera de los que así actuaban. Los fariseos eran malos no porque agasajaban a sus amigos, sino porque no agasajaban a los pobres y a los del común del pueblo. Una amarga acusación que lanzaron contra Cristo fue que recibía a los pecadores y que comía con ellos. A esto ellos no estaban dispuestos a rebajarse, y en su gran soberbia se volvieron siete veces peores que los peores entre los pecadores a los que tan fríamente rechazaban.

A pesar de nuestro culto externo a la democracia, los americanos son decididamente una gente muy clasista. Los mismos políticos, educadores y líderes eclesiales entre nosotros que cantan las alabanzas del hombre de la calle y que defienden la igualdad de derechos para todos, se mantienen en la práctica privada tan lejos del común de la gente como lo pudiera hacer el más orgulloso monarca. Existe entre nosotros una aristocracia compuesta de gente famosa, de ricos, de leones sociales, de actores, de figuras públicas y de gente que por una u otra causa ocupa los titulares de la prensa, y éstos constituyen una clase aparte. Por debajo de ellos, y con los ojos abiertos de admiración, se encuentran los millones de hombres y mujeres anónimos que constituyen la masa de la población. Y nada tienen en su favor excepto que estaban en el corazón de Jesús cuando murió en la cruz.

Dentro de la iglesia existe también una consciencia de clase, un reflejo de la que existe en la sociedad. Y ha pasado a la iglesia procedente del mundo. Su espíritu es totalmente extraño al espíritu de Cristo, y desde luego totalmente opuesto al mismo; y, sin embargo, condiciona en gran medida la conducta de los cristianos. Ésta es la fuente del mal que mencionamos aquí.

Las iglesias evangélicas que comienzan generalmente con los humildes no se sienten satisfechas, en general, hasta que alcanzan un cierto grado de riqueza y de aceptación social. Luego gradualmente van distribuyéndose en clases, lo que queda mayormente determinado por la riqueza y educación de los miembros. Las personas que comprenden la capa superior de estas varias clases prosiguen para llegar a ser columnas de la sociedad religiosa, y pronto se atrincheran en puestos de liderazgo y de influencia. Es entonces que les viene la gran tentación, la de cuidar de su propia clase y de descuidar a los pobres e ignorantes que componen la mayor parte de la población a su alrededor. Pronto se endurecen frente a cada llamamiento del Espíritu Santo para devolverles a la mansedumbre y a la humildad. Sus hogares son intachables, sus vestidos los más caros, sus amigos los más

exclusivos. Aparte de alguna tremenda conmoción moral, están más allá de toda ayuda. Y sin embargo pueden estar entre los más activos exponentes de la cristiandad bíblica y grandes dadores a la causa de la iglesia. No nos indignemos ante esta clara descripción de la realidad. Más bien humillémonos para servir a los pobres de Dios. Busquemos ser como Jesús en nuestra dedicación a los olvidados de la tierra que nada tienen para apoyarlos excepto su pobreza, su hambre de alma y sus lágrimas.

La religión en voz pasiva

LA MAYOR PARTE DE LECTORES recordarán (algunos con sólo una traza de nostalgia) sus primeros esfuerzos para aprender la diferencia entre la voz activa y la pasiva en gramática, y cómo al final se dieron cuenta de que en la voz activa el sujeto del verbo *ejecuta una acción*, mientras que en la pasiva, *la acción es ejecutada sobre* el sujeto. Así, «Yo amo» es una oración activa, y «Yo soy amado» es pasiva.

Un buen ejemplo de esta distinción se puede hallar en el cementerio más cercano. Allí el enterrador es activo, y los muertos son pasivos. Uno actúa, mientras que los otros reciben la acción.

Ahora bien, lo que es normal en un cementerio puede ser -y en este caso es- totalmente anormal en una iglesia. Y sin embargo nos hemos amoldado a un estado en el que casi toda la religión eclesial es pasiva. Un número limitado de profesionales actúa, mientras que la masa de gente religiosa se contenta con recibir la acción. El ministro, a semejanza del enterrador, ejecuta su servicio profesional, mientras que los miembros de la congregación se relajan y pasivamente «disfrutan» del servicio.

Una razón para esta condición es el fracaso del clero en comprender la verdadera naturaleza de la predicación. Hay el pensamiento de que la obra del predicador es meramente instruir, mientras que la verdadera obra del predicador es instruir *con el fin de lograr una acción moral de parte de los oyentes*. En tanto en que no haya respuesta moral a la instrucción, los oyentes son meramente pasivos, y tanto daría que estuvieran muertos. En realidad, en un sentido están ya muertos.

Quisiéramos aquí establecer una clara distinción entre la acción moral y la mera acción religiosa. La verdad es que ya hay demasiado de este tipo de actividad popular que hace poco más que agitar la superficie de la religión. Su movimiento sinfín, semejante al de la rueda de una jaula de ardillas, da la impresión de que están llevando a cabo muchas cosas, cuando en realidad no está sucediendo nada realmente importante y no se está dando ningún progreso espiritual genuino. De los tales debemos apartarnos.

Por acción moral nos referimos a una respuesta voluntaria al mensaje cristiano; no meramente a la aceptación de Cristo como nuestro Salvador personal, sino al sometimiento a la obligación implícita en la doctrina del Señorío de Cristo. Tenemos que liberarnos del inadecuado concepto del evangelio como siendo meramente «buenas nuevas», y aceptar el significado total del mensaje cristiano centrado en la cruz de Cristo. Tenemos que restaurar de nuevo a la iglesia la idea de que la oferta de salvación por la fe en Cristo conlleva consigo la condición de que debe haber también una rendición total de la vida a Dios en completa obediencia.

Todo lo que sea menos que esto pone el todo en voz pasiva. Toda una vida de oír pasivamente la verdad sin responder a ella paraliza la voluntad y provoca una degeneración de engorde del corazón. El propósito de la Biblia es lograr un cambio moral y espiritual en toda la vida. Si esto falla, todo lo demás puede ser en vano.

Ayuda de las pruebas de Pablo

EL CRISTIANO QUE se encuentra en problemas por causa de su fe puede recibir mucha consolación de las epístolas de Pablo a los corintios.

En ningún otro lugar del Nuevo Testamento se ve con tanta claridad la humanidad del gran apóstol como cuando siente el agobio de los crueles ataques del bloque antipaulino de la iglesia en Corinto. Sus sufrimientos son allí tanto más agudos y cercanos a los sufrimientos de Cristo cuanto que son interiores y del alma. Porque el alma siempre puede sufrir como no puede hacerlo el cuerpo.

Los detractores corintios de Pablo trataron primero de desacreditarlo por completo lanzando una campaña de maledicencia que venía a decir que no era apóstol, sino un impostor hambriento de poder que intentaba llevarlos bajo su control. Cuando el apóstol hubo escrito su réplica en defensa de su autoridad apostólica, ellos variaron de táctica, acusándolo de otros tipos de doblez. «Se da a sí mismo como referencia de sí mismo», decían sarcásticamente. «Tiene que llevar cartas de recomendación como un común predicador itinerante. Un hombre así no puede ser un apóstol.» Pablo tuvo que responder a esto, y lo hizo. Pero no fue fácil. Su Segunda epístola a los Corintios fue seguramente una de las más difíciles que fuera jamás llamado a escribir, porque se vio obligado, por causa de la iglesia, a hablar en defensa propia. Sus amados hermanos cristianos tienen que confiar en él si él va a poder ayudarlos, por lo que va a exponer con claridad su causa, incluso si toda su alma se siente repelida ante la tarea. Las palabras «Hablo con insensatez», «Me he hecho un necio», indican lo profundamente que sintió la humillación. Pero se sacrificó por el bien de la iglesia, y dejó que sus enemigos pensaran lo que quisieran. Así era el proceder de Pablo.

Al leer Segunda de Corintios, es difícil reprimir un sentimiento de verdadera compasión hacia aquel hombre noble mientras suda bajo los acerbos azotes del enemigo. Pero tal compasión sería malgastada ahora. Ya hace mucho que está donde los malvados dejan de turbar y donde los fatigados reposan. Durante muchos y dilatados años, sus ojos han gozado de la beatífica visión en la tierra en la que *La roja rosa de Sarón Destila su flor encantadora Y el aire del cielo llena Con su arrebatador perfume*.

Él camina ahora con el noble ejército de mártires y comparte la agradable compañía de los profetas y la gloriosa presencia de los apóstoles. No necesita de nuestra compasión.

Pero podemos aprender mucha verdad de Pablo y de sus aflicciones, alguna de ella de tipo deprimente, y otra sumamente exaltadora y maravillosa. Podemos aprender, por ejemplo, que la malicia no necesita de qué alimentarse; puede alimentarse de sí misma. Un espíritu contencioso encontrará siempre algo acerca de lo que contender. Un criticón encontrará ocasión para acusar a un cristiano incluso si su vida es tan casta como un carámbano y tan pura como la nieve. Un hombre de mala voluntad no duda en atacar, incluso si el objeto de su aborrecimiento es un profeta o el mismo Hijo de Dios. Si Juan viene ayunando, dice que tiene demonio; y si Cristo viene comiendo y bebiendo, dice que es un bebedor de vino y un glotón. Los hombres buenos son hechos ver como malos mediante el sencillo truco de dragar del fondo de su corazón el mal que hay allí y atribuyéndolo a ellos.

Pero las pruebas de Pablo nos dan algo más que esta bendición de carácter negativo. También nos enseñan lecciones positivas que nos ayudan a soportar la aflicción mediante aquella bien conocida ley psicológica por la que somos capaces de identificarnos con otros y «dividir nuestros dolores mientras que doblamos nuestros gozos». Es siempre más fácil sobrellevar lo que sabemos que otro ha sobrellevado con éxito antes que nosotros. También vemos en las pruebas y triunfos de Pablo que la felicidad no es algo realmente indispensable para un cristiano. Hay muchos males peores que las penas del corazón. Apenas si será necesario decir que una felicidad prolongada en realidad lo que hace es debilitarnos, y ello especialmente si *insistimos* en ser felices como los israelitas insistieron en comer carne en el desierto. Al hacerlo así, podemos tratar de esquivar aquellas responsabilidades espirituales que por su propia naturaleza conllevarían una cierta medida de agobio y aflicción al alma.

Lo mejor es no buscar ni tratar de evitar las pruebas, sino seguir a Cristo, y tomar lo amargo y lo dulce según el lo dirija todo. No es importante que en un momento determinado seamos felices o infelices. Todo lo que importa es que estemos en la voluntad de Dios. Podemos sobrellevar con toda tranquilidad en sus manos el incidente de la pena de corazón o de la dicha. Él sabrá cuánto necesitamos de cualquiera o de ambas cosas.

El inmutable mundo de los hombres

HAY UN DICHO BIEN CONOCIDO, que creo que se originó con los franceses, que afirma que cuanto más las cosas cambian, tanto más permanecen iguales.

La sabiduría de este refrán se puede ver en casi cada área de la vida humana, siendo su razón, probablemente, que de todas las cosas que cambian y que, con todo, permanecen inmutables no tenemos mejor ejemplo que la misma naturaleza humana.

¿Y cuándo vemos la inmutable cualidad de la naturaleza humana de manera más perfecta que en Navidad? Consideremos la diferencia radical entre el mundo de hoy y el mundo en que el Niño Jesús nació. En comparación con nuestra civilización del siglo 20, todo lo que rodeaba al maravilloso Niño era burdo y primitivo. Jesús nació en un establo, no en un hospital; su madre sería asistida por una comadrona, no por un científico adiestrado; su rostro infantil fue iluminado con una lámpara de aceite, no con una bombilla eléctrica; viajó a Egipto a lomos de un humilde asno, no en automóvil o en un cómodo ferrocarril.

Mientras Jesús crecía a través de las varias etapas de su desarrollo, nunca vio un mecanismo más complicado que un carro. Nunca vio papel, ni plástico, *ni* teléfono, ni radio, *ni* cámaras, *ni* una hoja de papel impreso, ni un arma de fuego o una máquina de vapor, *ni* un motor eléctrico. Nadie en su época se vacunaba, *ni* tomaba vitaminas, ni consultaba con un psiquiatra, ni grababa canciones, ni montaba en globos o aviones o **ascensores**. La gente de sus tiempos tenía que pasar sin jabón flotante, pasta de dientes con clorofila, guantes de goma, harina preparada con levadura, guisantes enlatados, sifones, parquímetros. *Corri Flakes*, arroz hinchado, afeitadoras eléctricas, camas abatibles, relojes de pulsera, máquinas de escribir ni tiritas. Jesús nunca tomó pecho con un pezón de caucho, ni comió papillas formuladas científicamente, ni jugó con juguetes «educativos», ni asistió a escuelas progresistas, ni vio libros de *comics*, ni tuvo un refugio atómico de juguete.

Visto frente al trasfondo de nuestra complicadísima manera de vivir, las gentes de Palestina en tiempos de Cristo apenas si vivían. Si nosotros nos viéramos obligados de repente a vivir como ellos vivían, nos sentiríamos como si el mundo se hubiera desfondado. En verdad, unas personas que vivían tan cerca de la naturaleza no podrían ser «personas de verdad» (tomando el lenguaje de los progresistas).

Pero todas aquellas gentes sencillas de Belén y Ca-pernaum eran seres humanos muy reales. Y lo verdaderamente notable es que eran *exactamente* la clase de gente que somos nosotros. No nos distingue de ellos ni la más mínima variación. Sólo eran diferentes las cosas externas. Las cosas que han cambiado pertenecen al hombre exterior; el hombre interior no ha cambiado en lo más mínimo.

Nosotros las personas del siglo 20 tenemos exactamente las mismas necesidades básicas que la gente del siglo primero. Sentimos el peso del pecado y de la mortalidad como lo sentían ellos. Anhelamos la paz y la vida eterna lo mismo que ellos. Somos atormentados por temores, azotados por pérdidas, dolidos por traiciones, dolidos por enemistades, heridos por fracasos, asustados por la amenaza de la muerte, acosados por el diablo y helados en el corazón ante el pensamiento del juicio venidero. Ellos se sentaban en sus sencillas casas y sufrían sus ansiedades a la luz de una lámpara de aceite. Nosotros nos lanzamos a la carrera en nuestros aerodinámicos y relucientes automóviles, y sufrimos nuestras ansiedades a la luz eléctrica. Pero el resultado final es el mismo para todos: un lento retroceso hacia la vejez y el sepulcro, sin lugar donde ocultamos ni amigo que pueda ayudarnos.

Dios llamó *Jesús* a su Hijo porque sabía que la raza humana necesitaba ser librada del pecado; y envió ángeles para anunciar «Paz en la tierra» porque sabía que el mundo necesitaba ser liberado de la desazón creciente del temor interior. Y, en lo básico, nada ha cambiado. Hoy necesitamos a Jesús, y lo necesitamos por las mismas razones que lo necesitaban hace 2.000 años. Cuanto más las cosas cambian, tanto más permanecen igual.

Meditación de Año Nuevo

FUE JOHN MILTON quien dijo que la esperanza brota eterna en el corazón humano. Desde luego, la esperanza es una cosa tan vital que si fuera a desvanecerse del corazón humano, la carga de la vida no podría ya ser sustentada.

Pero por precisa que sea esta esperanza, sin embargo, cuando está mal basada, es algo peligroso. La esperanza, por ejemplo, que sienten casi todas las personas de que tendrán una larga vida sobre la tierra, puede ser para muchos un lazo mortífero, un engaño fatal. El hombre promedio, cuando piensa en su futuro, suspende su razón, se recuesta en una esperanza irracional y se crea para sí una esperanza de días pacíficos e innumerables aún venideros. Este ciego optimismo funciona bien hasta el último día, aquel inevitable último día que sobreviene a todos; entonces lanza a su víctima al pozo del que no hay escapatoria.

Los peligros de una esperanza carente de base amenazan también al cristiano. Santiago reprendió duramente a los creyentes de su tiempo por dar presuntuosamente por supuesto un futuro terrenal del que no tenían seguridad alguna que sería de ellos:

¡Vamos ahora!, los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allí un año. y traficaremos, y ganaremos: cuando no sabéis lo que será el mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es un vapor que aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos, y haremos esto o aquello. Pero Ahora os jactáis en vuestras fanfarronadas. Toda jactancia semejante es mala (Santiago 4:13-16).

¿No sería bueno que alejáramos de nosotros el vano sueño de incontables días terrenos y afrontáramos el hecho claro de que nuestros días en la tierra pueden realmente no ser demasiados?

Para la verdadera iglesia existe siempre la posibilidad de que Cristo vuelva. Algunas almas buenas y serias mantienen que se trata más que de una posibilidad, porque les parece a ellos, como le parece a este escritor, que «la tierra ha envejecido y el juicio se avecina», y que las voces de los santos profetas están sonando directamente en nuestros oídos.

Y cuando Él llegue, no habrá ningún preaviso, ni un día ni una hora en la que hacer frenéticos preparativos de último momento.

Estad alerta por vosotros mismos, no sea que vuestros corazones se carguen de libertinaje y embriaguez y de las preocupaciones de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre (Lucas 21:34-36).

Totalmente aparte de las expectativas proféticas de hombres devotos, tenemos el hecho familiar de la muerte misma. De los cristianos que habían muerto, Pablo dijo: «Algunos duermen.» ¡Qué inmensa y buena compañía constituyen estos santos durmiendo! ¿Y quién de entre nosotros puede asegurar que no vaya a unirse a ellos antes de que todos los días de este año hayan corrido su curso?

Por cuanto no sabemos lo que traerá el día. ¿no es evidentemente una perspectiva sabia vivir cada día como si fuera a ser el último? Todo preparativo que quisiéramos haber hecho, hagámoslo hoy. Todo lo que hubiéramos deseado hacer, hagámoslo hoy. Todo don que hubiéramos querido dar, démoslo mientras tenemos el tiempo de nuestro lado.

En la gran revelación habrá otras emociones además del gozo. Habrá dolor y turbación, reproches propios y desilusión. Pero no tiene por qué ser así para ti ni para mí si tan sólo empleamos la información que tenemos a mano, si tan sólo aprovechamos las oportunidades que se encuentran junto a nuestro camino y las promesas que salen como diamantes sin tallar en las Sagradas Escrituras. El ayer puede haber estado marcado por un vergonzoso fracaso, por ausencia de oración, por retroceso. Hoy todo esto puede cambiar, y mañana -si es que hay para nosotros un mañana terrenal- puede estar lleno de pureza, y poder, y de un servicio radiante y fructífero.

Lo grande es estar seguros de que no somos adormecidos por una falsa esperanza, que no desperdiciamos nuestro tiempo soñando acerca de días que no van a ser nuestros. Lo principal es hacer que **hoy** nos sirva preparándonos para cualquier posible mañana. Entonces, sea que vivamos o muramos, que trabajemos en la penumbra o que nos levantemos para ir al encuentro de Cristo en su regreso, todo estará bien.

El testimonio del Espíritu: ¿qué es?

ALGUIEN ME ESCRIBIÓ recientemente preguntándome qué era lo que quería decir con una aseveración que aparece en el librito *Paths to Power* [*Caminos al Poder*] que escribí hace algunos años. El pasaje mencionado dice así: «Nadie fue nunca lleno del Espíritu Santo sin saberlo. El Espíritu Santo siempre se anuncia a la consciencia humana.» Lo que turbaba a mi corresponsal era la naturaleza de este «anuncio». ¿En qué consiste? ¿Cómo podemos reconocerlo? ¿Es algún tipo de evidencia física, o qué?

Toda esta cuestión merece un trato más extenso que el que le puedo dar en este limitado espacio. Pero posiblemente estos pensamientos resulten útiles a cualquiera que pueda estar confundido acerca de la naturaleza de la evidencia espiritual.

Existe aquello que es la obra secreta del Espíritu en el alma del hombre, durante un tiempo desconocido para el individuo, en el que éste ni lo sospecha. De hecho, la mayor parte del fruto del Espíritu aparece sin que se dé cuenta la persona en quien se encuentra. Las almas más amantes, más pacientes y más compasivas probablemente no serán conscientes de estas gracias. Casi seguramente él pensará que es cualquier cosa menos amante, paciente o bondadoso. Otros descubrirán las operaciones del Espíritu en él antes que él mismo.

y darán las gracias a Dios por su dulce carácter cristiano, mientras que al mismo tiempo puede que él esté caminando con suma humildad delante de Dios, Dorando la ausencia de las mismas gracias que otros saben que él posee.

Luego hay otra clase de operación divina que puede tener lugar siendo o no conscientes de ella, o al menos sin reconocerla en su verdadera naturaleza. Es aquella maravillosa operación de Dios conocida en teología como *gracia preventiva*. Puede tratarse simplemente de una «convicción», o de un extraño anhelo al que nada puede dar satisfacción, o un poderoso deseo por valores eternos, o un sentimiento de disgusto ante el pecado y un deseo de ser liberado de su repulsivo abrazo. Estas extrañas operaciones dentro son los movimientos del Espíritu Santo, pero raramente son identificados como tales por el alma que está pasando por esta experiencia.

Pero hay dos acciones de Dios dentro de la vida del hombre que busca y que nunca acontecen sin su conocimiento. Uno es el milagro del nuevo nacimiento, y el otro es la unción del Espíritu Santo.

Con respecto al nuevo nacimiento. Pablo afirma de manera explícita: «El Espíritu mismo da juntamente testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (Romanos 8:16), y Juan dice: «El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo» (1 Juan 5:10). Estos pasajes declaran el *hecho* de un testimonio divino, pero no declaran la *naturaleza* del mismo. Esto ha posibilitado a varios el leer en él sus propias y peculiares reacciones psicológicas y establecer estas reacciones como criterios mediante los cuales juzgar las pretensiones espirituales de todos. Algunos, en la época de su conversión, se han sentido inusualmente ligeros sobre sus pies; otros han oído voces o visto luces o sentido una mano invisible pasando sobre ellos. En algunos lugares, el nuevo convertido tiene que gritar, o su profesión no es aceptada.

También, la experiencia de la plenitud del Espíritu sobreviniendo en el corazón del creyente es a menudo

Juzgada por la cantidad y calidad de la carga emocional que la acompaña. Algunos llegan tan lejos como para declarar sin ambages que nadie está lleno del Espíritu si no ha experimentado ciertos fenómenos físicos, particularmente el acto de hablar en lenguas inidentificadas. Otros se conforman con un grado aumentado de gozo o de mayor eficacia en el servicio.

Todo esto es un error, tanto escritural como psicológicamente. Es resultado de una mala comprensión de la naturaleza del alma humana y de la relación del espíritu del hombre con el Espíritu de Dios.

Las operaciones de Dios en los corazones de los redimidos siempre rebosan manifestándose en una conducta observable. Habrá ciertos cambios morales que tendrán lugar inmediatamente en la vida del nuevo convertido. Una revolución moral acompañara a la revolución espiritual que ha tenido lugar en el Interior como nos los dicen los evangelistas. Hasta el gato se enterará cuando la cabeza de la casa se convierte. Y el tendero lo sabrá, y los viejos amigos en los tugurios que aquel hombre solía frecuentar sospecharán que algo ha sucedido cuando vean que el nuevo cristiano ya no aparece más por allí. Todas estas cosas son pruebas colaterales de la validez de la profesión cristiana de este hombre. Pero *no constituyen en sentido alguno ninguna evidencia del corazón de aquel hombre. No es el testimonio del Espíritu*.

El testimonio del Espíritu es una cosa interior sagrada que no puede ser explicada. Es totalmente personal, y no puede ser transmitida de unos a otros. Un abismo llama a otro abismo a la voz de las cascadas de Dios, y el oído

externo no puede oír lo que dice. Y mucho menos puede saber el mirón mundano lo que está teniendo lugar. El Espíritu musita su misteriosa Presencia en el corazón, y el corazón lo sabe sin saber *cómo*. Así como sabemos que estamos vivos por un conocimiento no mediado y sin recurso a la prueba, así sabemos que estamos vivos en el Espíritu Santo. Nuestro conocimiento de ello tiene lugar por una cognición inmediata totalmente independiente de inferencias y sin el apoyo de la razón. El testimonio tiene lugar en las regiones ocultas del espíritu, demasiado profundo para su prueba, donde es inválida la evidencia externa y donde los «signos» de nada valen.

Cuando se ha dicho todo, puede fácilmente tratarse de que la gran diferencia entre los cristianos profesantes (la diferencia *importante* en este día) no tiene lugar entre los modernistas y los evangélicos, sino entre aquellos que han reducido el cristianismo a una fórmula intelectual y los que creen que la verdadera esencia de nuestra fe reside en las operaciones sobrenaturales del Espíritu en una región del alma que no es accesible a la mera razón.

La elocuencia puede poner lazo

POCAS COSAS HAY en los círculos religiosos que sean tenidas en mayor estima que la elocuencia. Pero pocas cosas hay de menos verdadero valor o que traigan consigo mayores tentaciones o más perjuicio.

Una cualidad que todos esperan de un predicador es que tenga la capacidad de discurrir fluidamente acerca de casi cualquier tema religioso o moral. Pero esta capacidad es en el mejor de los casos una ventaja dudosa, y a no ser que sea traída a Cristo para ser purificada, puede fácilmente resultar el mayor enemigo que el predicador tiene aquí en la tierra. El hombre que encuentra que es capaz de predicar sin preparación previa debe aceptar su capacidad como un obstáculo sobre el que tiene que lograr una victoria antes que pueda estar en la mejor disposición para Dios y su reino.

Moisés no era hombre elocuente. Sus palabras dichas ante Dios deben ser aceptadas como una valoración sincera y justa de los hechos: «¡Ay, Señor!, nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua» (Éxodo 4:10). El Señor no intentó alentar a su vacilante siervo diciéndole que había juzgado mal su capacidad. Dejó la afirmación de Moisés sin contradecirla. Pero le dijo a Moisés: «¿No conozco yo a tu hermano Aarón, levita, y que él habla bien?» Dios le dio a Aarón un «sobresaliente» en oratoria. Es indudable que era un hombre elocuente. Pero fue el torpe Moisés, y no el elocuente Aarón, el que se enfrentó una y otra vez a Faraón en defensa de Israel. Fue Moisés, no el elocuente Aarón, el que escribió el brillante y hermoso relato de la creación. Moisés fue el que redactó el libro de Deuteronomio, uno de los libros más poéticos y conmovedores jamás escritos. ¿Quizá Aarón era demasiado elocuente para que Dios pudiera emplearlo? No pretendo saber el porqué, pero, sea cual sea la razón, tenemos pocos ejemplos de las palabras de Aarón en la Biblia, e incontables páginas de las de Moisés.

La razón que subyace en todo esto es que las grandes emociones raramente producen elocuencia, mientras que los sentimientos superficiales pueden, desde luego, expresarse en multitud de palabras. Tendemos a emplear las palabras en proporción inversa a la intensidad de nuestros sentimientos. Algunas de las más profundas emociones del corazón se expresan con una solemne brevedad de palabras, como cuando Juan nos habla del profundo dolor de Cristo ante el sepulcro de Lázaro. Nos dice, sencillamente, «Jesús lloró». Y con un exquisito buen gusto, los eruditos que dividieron la Biblia en versículos permitieron que estas dos palabras figuraran solas. No se precisa de nada más para revelar la enorme profundidad del amor de Cristo para con su amigo.

También es en pocas palabras, cuatro, que se declara aquel acontecimiento que sacudió al mundo: «Y allí le crucificaron.» Uno se estremece al pensar qué fanfarria y acumulación de descripciones exigiría un acontecimiento tan portentoso si fuera escrito por los superficiales novelistas o dramaturgos de nuestro tiempo. La representación de este solemne acontecimiento en un escenario costaría miles de dólares y precisaría de palabras para llenar una docena de páginas de guión. La razón de la diferencia es naturalmente que los evangelistas *sentían* la crucifixión y que instintivamente hablaron de ella con pocas palabras.

Para proseguir más adelante en este pensamiento.

sólo es necesario observar la sencilla brevedad del anuncio de la resurrección de nuestro Señor. El «joven» les anunció el acontecimiento a los discípulos que indagaban con dos simples palabras: «ha resucitado». No se precisó de ningún elocuente prefacio para un anuncio tan maravilloso. Cuando han ocurrido cosas portentosas,

no se precisa de una multitud de palabras para relatarlas. Las muchas palabras sólo son necesarias cuando las acciones han sido demasiado débiles para hablar por sí mismas.

La mayoría de las personas religiosas se han hecho culpables de multiplicar las palabras como sustitución de las acciones dignas, y de todo esto es probable que quien escribe estas líneas sea el principal culpable. Pero el hecho de que hayamos caído en ello no constituye razón para seguir repitiéndolo. Es mejor afrontar la realidad con una humildad que elimine al yo de la escena, e intentar corregir esta falta.

Sólo queda por decir que donde la elocuencia superficial está más fuera de lugar y donde más frecuentemente se encuentra es en la reunión de oración. El orador más vacilante parece convertirse en inusualmente elocuente cuando se arrodilla para orar, especialmente cuando tiene una audiencia. He oído muchos discursos floridos en la reunión de oración, y supongo que yo mismo he pronunciado muchos de ellos. Pero, insisto, no hay razón alguna para seguir pronunciando palabras sin sabiduría. Un maravilloso remedio para la oratoria vacía es un sentimiento consciente de la presencia de Dios, tanto en el pulpito como en los bancos.

Cuando un hombre es llenado por el Espíritu Santo, adquiere una extraña elocuencia. De la maravilla y del silencio del alma brota una corriente de palabras llenas de poder que mueven los corazones de los oyentes a las lágrimas y a la acción. Una elocuencia así es algo distinto a lo tratado anteriormente: no es de esto que hablamos aquí. Y de esto necesitamos mucho más. pero podemos privarnos de un montón de palabras vacías en los círculos religiosos.

La religión del intelecto frente a la religión del Espíritu

EXISTE UNA PROFUNDA cualidad espiritual y totalmente mística en la religión del Nuevo Testamento que no podemos permitirnos ignorar si queremos ser cristianos de hecho además de serlo de nombre.

Me parece oportuno dejar que nuestros corazones adorantes decidan nuestras cuestiones teológicas. Una vez que ha quedado establecida la pureza del texto, y la mente asegurada de que la traducción es digna de confianza, la mejor fuente de verdadera luz es siempre el corazón alumbrado por el Espíritu Santo. Un corazón orante, encendido de amor para con Dios, intuirá la verdad, entrará dentro del velo y verá y oírás aquello que no es legítimo pronunciar, aquello que además no puede ser expresado en palabras y ni siquiera ser intelectualmente entendido.

En mi opinión la verdadera línea de batalla en la guerra teológica de hoy no es la que separa al fundamentalismo del liberalismo. Esta guerra ha sido hecha y ganada. Nadie hoy tiene por qué quedarse en absoluto confundido acerca de la cuestión de la teología bíblica frente al liberalismo de concepción humana. Ambos lados se han expresado abiertamente. Todos pueden saber cuál es su posición en las cuestiones tocantes a la inspiración de las Escrituras, la Deidad de Jesucristo, la salvación mediante la sangre de la expiación, la muerte y el Juicio, cielo e infierno. La verdadera línea del frente de batalla se encuentra en otro lugar.

En todo momento el conflicto decisivo en religión estará allí donde se unan importantes conceptos en oposición, que sean conceptos tan vitales que puedan salvar o hacer naufragar la fe cristiana en cualquier generación dada. En esta coyuntura crítica de la historia de la iglesia, el verdadero conflicto está entre aquellos que se mantienen en un cristianismo objetivo capaz de ser captado en su totalidad por el intelecto humano, y aquellos que creen que hay áreas muy interiores de la experiencia religiosa tan sublimemente espirituales, tan apartadas de/ y exaltadas sobre la mera razón, que se precisa de una especial unción del Espíritu Santo para que puedan ser comprendidas por el corazón humano. La diferencia no es meramente académica. Si los que abogan por el intelectualismo triunfan en establecer la dirección de la Iglesia en esta generación, la próxima generación de cristianos caerá víctima impotente de una ortodoxia muerta.

Conversando con uno de los más bien conocidos proponentes del neointelectualismo en los círculos evangélicos, le hice esta pregunta directa: «¿Cree usted de veras que todo lo esencial en la fe cristiana puede ser captado por el intelecto humano?» La respuesta fue inmediata: «Si no lo creyera, estaría de camino hacia el agnosticismo.» No le respondí, pero le hubiera podido responder con toda propiedad: «Y si lo cree, está de camino hacia el racionalismo.» Porque ésta es la verdad.

Uno de los más agobiantes problemas que el cristiano indagador afronta hoy día es por qué tantos líderes religiosos, buenos y evidentemente sinceros, se están apartando tanto de las claras enseñanzas y prácticas del Nuevo Testamento. Elementos destructores están siendo introducidos en el culto y servicio por evangélicos amantes de la Biblia, y se trata de unos elementos tan opuestos al verdadero espíritu del cristianismo que ambas cosas son mutuamente exclusivas. Lo uno o lo otro debe desaparecer. O bien los nuevos crecimientos parásitos son destruidos, o bien en poco tiempo éstos destruirán la fe cristiana. Y sin embargo estas cosas mortíferas están siendo alentadas en las iglesias por algunos de los líderes ortodoxos más celosos. ¿Por qué?

La respuesta es más sencilla de lo que cabría suponer. Estos líderes dependen de sus cerebros para conducirlos en sus prácticas religiosas. Conciben la verdad como un depósito doctrinal, una especie de mapa de carreteras teológico que los llevará al cielo. Comprueban el mapa para cerciorarse de que van en la dirección adecuada, y después se consideran conduciéndose a sí mismos. No se precisa de ningún Guía Invisible. Si se sienten atacados por la duda, sólo tienen que detenerse bajo una lámpara junto al camino para cerciorarse de que verdaderamente han «aceptado» a Cristo. Y luego reemprenden el camino con la completa confianza de que se encuentran en la misma vía que los apóstoles y los profetas.

La cuestión actualmente bajo discusión por parte de muchos de por qué la religión está aumentando y la moralidad disminuyendo, todo a la vez, encuentra su respuesta en este mismo error, el error del intelectualismo religioso. Los hombres tienen una forma de piedad, pero niegan su poder. El mero texto no elevará la vida moral. Para llegar a ser moralmente eficaz, la verdad tiene que ir acompañada del elemento místico, aquel mismo elemento suplido por el Espíritu de verdad. El Espíritu Santo no será relegado a una nota al pie sin hacer caer sobre sus relegadores una terrible venganza. Esta venganza puede ser vista hoy día en el fundamentalismo nervioso, superficialmente alegre y mundano y totalmente camal que se está esparciendo por la nación.

Doctrinalmente, se viste de los ropajes de la creencia escritural. Pero más allá de esto no se parece en nada a la religión de Cristo y sus apóstoles.

La misteriosa presencia del Espíritu es vitalmente necesaria si queremos evitar los tropiezos de la religión. Así como la columna de fuego conducía a Israel por el desierto, así el Espíritu de verdad debe conducirnos por toda nuestra peregrinación. Un texto solitario podría mejorar grandemente las cosas para nosotros si tan solo queremos obedecerlo: “Fíate de Jehová con todo y no te apoyes en tu propia prudencia” proverbios 3:5

¿Ora nuestro Señor por los inconversos?

CRISTO AFIRMA EN SU ORACIÓN sumosacerdotal: «Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por los que me diste» (Juan 17:9). Esto es lo que Él dijo. Sólo queda aprender, mediante una reverente comparación con otras Escrituras, cuál es exactamente el sentido de estas palabras.

Insistir en que con estas palabras Cristo significaba que Él *nunca* oraba por pecadores sería leer en estas palabras más de lo que hay. Tenemos que recordar que estas palabras fueron pronunciadas en un contexto particular; el gran Sumo Sacerdote estaba presentándose delante del Trono de Gracia como Abogado e Intercesor y podía en aquel momento incluir en sus oraciones sólo a los que eran suyos.

Cuando un sumo sacerdote del Antiguo Testamento se presentaba delante del propiciatorio para ofrecer sangre por los pecados de Israel, sus intercesiones se extendían sólo a Israel. Ellos eran los únicos por los que se obraba la expiación. Eran los únicos que confiaban en él y que miraban a él para recibir ayuda. Cristo vino en cumplimiento del tipo del Antiguo Testamento, y se puede aceptar que la oración de Juan 17 fue hecha sólo por los que aceptan la expiación y se refugian en la protección que da.

Otras dos consideraciones nos pueden ser de ayuda aquí. Una es que nuestro Señor sí que al menos en una ocasión oró por los pecadores. «Padre, perdónalos.

porque no saben lo que hacen.» Ésta fue una petición hecha a Dios en favor de los malvados. ¿No es razonable que si Cristo oró una vez por los pecadores, sea de esperar que lo haga de nuevo? También tenemos que recordar que Jesús era Hijo del Hombre, y que con frecuencia se refirió a Sí mismo con este título. Como tal, tenía y tiene una relación con toda la raza humana. ¿Se puede pensar que no oraría por la raza a la que El pertenecía?

Me doy cuenta de que estamos aquí sobre la tierra santa, y que la modestia común debiera apremiarnos a no hacer ninguna declaración dogmática. Pero creo que la pregunta de «¿Ora nuestro Señor por los inconversos?» puede recibir una respuesta veraz como sigue:

Como Sumo Sacerdote de su propio pueblo redimido. Cristo ora una oración eficaz de intercesión válida sólo para los que confían en Él como su Redentor y Señor. Esta oración se encuentra en esencia en Juan 17.

Como Hijo del Hombre y Salvador, Él ora asimismo por el mundo perdido. A no ser que sus oraciones por el mundo estuvieran ascendiendo al cielo, el juicio de Dios no se demoraría ni un momento sobre la tierra.

¿Por qué nos encantan los hechos y menospreciamos la verdad?

UNO DE LOS GRANDES pensadores religiosos de este siglo ha señalado una extraña contradicción en la actitud mental de nuestra época: nuestro ansioso amor por el conocimiento y nuestro universal descuido para la verdad. Que los hombres aman el conocimiento es algo demasiado bien demostrado para necesitar prueba, si por el conocimiento nos referimos a hechos, a tecnología, estadísticas, información técnica, e instrucción científica y mecánica. Nuestras imprentas están constantemente en marcha sacando libros repletos de útil información. Nuestras escuelas están a reventar de ansiosos estudiantes dedicados a adquirir todo el conocimiento posible en el menor tiempo posible. Entre los programas de radio más populares y lucrativos en el aire en la actualidad tenemos los que se dedican a descubrir cuantos datos sueltos de conocimiento tienen los participantes. «¿Quién? ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Dónde?», se repiten como machaconas preguntas, y se crea la impresión de que el que pueda responder al mayor número de preguntas es, de alguna manera, una persona superior.

Es vitalmente importante que establezcamos una acusada distinción entre conocimiento y verdad: esto es, entre el conocimiento, que es sólo la suma de hechos que poseemos, y la verdad, que es algo moral y espiritual. Es posible llenar la mente con hechos, y no mejorar nada por ello, porque los hechos no tienen significación moral o espiritual. Los hechos tienen la misma relación con la verdad que un cadáver tiene con un hombre. Sirven como medio por el cual la verdad se relaciona con la vida y circunstancias exteriores, pero para su significación dependen de la esencia interior de la verdad.

Al cristiano le interesa primariamente la verdad, y especialmente Aquel que es la Verdad encamada. Los hechos no deben ser menospreciados. Deben ser buscados por su valor práctico y empleados en el servicio de la verdad, pero no se debe permitir que sustituyan aquellos «tesoros de sabiduría y de conocimiento» escondidos en Cristo.

En esta época de confusión moral, la verdad no es siempre entendida como un ama a la que debemos rendir obediencia: es más bien, concebida como una sierva que podemos emplear para otros fines que están más allá de la verdad. A menudo se buscan fines privados por medio de la verdad, fines que están fuera de ella y que no tienen relación alguna con ella.

Si fuéramos a observar una precisión estricta, deberíamos poner siempre Verdad con mayúscula, porque cuando la hemos remontado tanto como podamos, llegaremos al mismo Dios. Por esta razón, la verdad será siempre la ama, jamás la sierva. Y la verdad jamás puede ser entendida aparte de sus implicaciones morales y espirituales.

Pedro, nuestro hermano

POR ALGUNA EXTRAÑA RAZÓN, parece que amamos más a la gente cuando no es demasiado perfecta.

En presencia de un santo irreprochable, la persona media de entre nosotros se siente incómoda. Es más probable que nos sintamos desalentados en lugar de inspirados ante el espectáculo de un carácter demasiado irreprochable para ser humano. Recibimos mas ayuda de un hombre si sabemos que va a través del fuego junto con el resto de nosotros, y podernos incluso tomar valor del mismo hecho de que no se goza en ello mas que nosotros mismos.

Puede que ésta sea la razón de que los cristianos han sentido siempre un especial afecto para Simón Pedro. Hablamos de Pablo con solemne respeto, pero de Pedro con una sonrisa comprensiva. Cuando se menciona al viejo y bravo pescador, el rostro del ordinario luchador cristiano se ilumina. Aquí tenemos a un hombre que es uno de nosotros, nos decimos. Tenía fallos, pero los venció y llegó a ser grande a pesar de ellos. No era un santo de alabastro, con un cierto olor a incienso, mirando ausentemente sobre nuestras cabezas mientras que nosotros nos esforzamos a través de la tempestad. También él conoció la furia del vendaval y el batir de las olas. y. lo que nos es más consolador, no siempre se condujo como un héroe cuando se encontró en un apuro. Y esto nos es de mucha ayuda cuando nosotros mismos no estamos actuando con demasiada brillantez.

Pedro poseía o ha sido accidentalmente asociado con más contradicciones que casi cualquier otro personaje bíblico. Parecía ser una combinación de valor y de cobardía, de reverencia y de falta de respeto, de devoción entregada y de un peligroso egocentrismo. Sólo Pedro podía Jurar solemnemente que jamás abandonaría a Cristo, y luego volverse y negarlo en la primera ocasión que se encontró en un apuro. Sólo Pedro podía prostrarse a los pies de Jesús y confesarle su propia pecaminosidad. y después reprender a su Señor por sugerir algo con lo que él no podía estar de acuerdo. Las dos naturalezas que contendían en su interior le hacían decir y hacer cosas que parecían estar en directa contradicción entre sí, y ello en el espacio de pocas horas. Pedro era una «roca», pero vaciló, y así, me parece a mí, pudo llegar a ser la única roca vacilante de la historia. Y asimismo fue, desde luego, el único hombre en el mundo que tuvo fe para andar sobre el agua, pero no la suficiente para seguir haciéndolo al sentir soplar el vendaval.

Para bien o para mal, así era Pedro, y Dios se tomó mucho tiempo en unificar su naturaleza para que cesara en su seno la contienda. Y tuvo que aprender algunas cosas duramente incluso después de Pentecostés.

Por una especie de Justicia poética, Pedro ha sido el centro de una buena cantidad de contradicciones históricas, o quizá debiéramos decir tradicionales, porque muchas de ellas carecen de la dignidad de la historia auténtica. Son invenciones de los secuaces de Roma, que están dispuestos a fabricarse una defensa con ellas incluso si para ello tienen que asesinar la verdad.

Pedro es, por ejemplo, el único hombre en el mundo que jamás estuvo casado y que sin embargo tenía suegra; porque la Biblia dice que la suegra de Pedro estaba enferma de fiebre, y Roma dice que no estaba casado. Fue, según la leyenda, el primer papa, y en cambio Pablo lo sacó del primer puesto y lo eclipsó fácilmente. Este primer papa adoptó una posición de gentil deferencia para con Pablo, una posición tan por debajo de él que uno se pregunta cómo llegaron las cosas a ser así. Si el papa era Pedro, y no Pablo, ¿por qué los grandes anuncios oficiales provinieron de Pablo y no de Pedro? Todo esto es muy conducente a la confusión, pero no mucho más que el mismo Pedro.

Bien, a aquel buen hombre de Dios no se le puede echar la culpa de la posición que Roma le ha asignado. Ya hacía mucho tiempo que se había desvanecido de todo el trájín y clamor del mundo antes que nadie pensara en presentarlo como un soltero de por vida y vicario de Cristo en la tierra. Unos honores bien dudosos los comparte con María, la madre de Cristo, que en su sencilla modestia se quedaría atónita y repelida si pudiera saber qué glorias inventadas le atribuyen ahora los ciegos guías de los ciegos.

A pesar de todas sus faltas, y quizá gracias a ellas. Pedro pudo hacer una cosa maravillosamente: pudo derramar lágrimas de dolor cuando ofendió a su Salvador. La capacidad de arrepentirse es un dulce tesoro, uno muy raro en nuestros días. Si tuviéramos el corazón contrito de Pedro, podríamos proseguir para alcanzar su pureza y su poder. Si la contemplación de las faltas de Pedro diera ayuda y consolación a un corazón no arrepentido, entonces este corazón sólo podrá echar sobre sí mismo la culpa de ello. Dios nunca tuvo el propósito de que ocultáramos nuestros pecados inconfesados detrás de las faltas confesadas de un santo. La naturaleza

contradictoria de Pedro lo impulsó hacia Dios. Y a no ser que la nuestra haga lo mismo, vano será el ejemplo de Pedro para nosotros.

De todas maneras, estamos contentos de que Pedro viviera y de que Cristo lo hallara. Tanto se parece a muchos de nosotros, al menos en sus debilidades. Sólo nos queda aprender también el secreto de su poder.

¡Cuidado con la inflación!

LA BIBLIA NOS ADVIERTE contra la inflación, sólo que lo dice de otra manera; lo llama «hincharse».

Hay dos maneras de aumentar de tamaño: la primera es crecer normalmente, la otra es quedar artificialmente distendido. Lo primero es sano, lo segundo indica enfermedad. El niño bien alimentado va creciendo en estatura cada año. Sólo el abdomen de la pequeña víctima del hambre crece, y ello por una distensión patológica que habla de la muerte que se aproxima.

En el reino de lo espiritual, hay un verdadero peligro de que erremos atribuyendo una insana hinchazón a un crecimiento verdadero. Pablo trató con franqueza de este peligro y señaló que hincharse y ser edificado son dos cosas distintas.

Todos sabemos lo susceptibles que somos a descubrir en las Escrituras y en nuestras mismas vidas aquello que estamos buscando. Cuando nos evaluamos, a veces adoptamos inconscientemente la técnica de abogado defensor, la de potenciar todo lo que nos es favorable y la de, recíprocamente, minimizar todo lo que nos pudiera poner bajo una luz desfavorable. Al considerar mi propio ministerio, me he descubierto muchas veces magnificando todas las pequeñas victorias, más allá de toda Justa proporción, y al mismo tiempo excusando mis fracasos y debilidades. Es el viejo truco de ver lo que queremos ver y de cerrar los ojos a las cosas que más bien querríamos olvidar. Esto es inflación, y a no ser que sea juzgada y olvidada, puede tener como resultado una estimación absolutamente falsa de nuestra vida y obra.

Puede que nos sea necesario mirar estrechamente para descubrir la relación entre inflación e incredulidad, pero esta relación desde luego que existe. El hombre de fe está tan seguro de su posición delante de Dios que puede quietamente permitirse ser descuidado, desacreditado, deshinchado, sin un solo estremecimiento de ansiedad. Está dispuesto a esperar la ocasión oportuna de Dios y a dejar que la sabiduría del juicio divino revele su verdadero tamaño y valía. El hombre incrédulo no osará hacer esto. Está tan Inseguro de sí mismo que exige una prueba inmediata y visible de su éxito. Su profunda incredulidad tiene que tener el sustento del juicio presente. Busca anhelante evidencias que le aseguren que es de verdad alguien. Y, naturalmente, esta hambre de aprobación presente lo abre de par en par a la tentación de hinchar su obra por causa de las apariencias.

Esta necesidad de apoyo externo para nuestra fe vacilante explica la introducción en las actividades religiosas de este maremágnum de impostura y falsas apariencias que ha llegado a ser la marca característica de la moderna cristiandad. La iglesia y el ministro tienen que exhibirse, y nada se eliminará que pueda añadir a la ilusión de éxito. En la raíz de ello se encuentra una llana incredulidad. Las gentes religiosas no están dispuestas, así de sencillo, a esperar hasta que el Señor venga para recibir sus recompensas de su mano. Las demandan ahora, y las reciben, circunstancia por la que derramarán amargas lágrimas en el día de Cristo.

Para garantizar la inmunidad a esta enfermedad del corazón, debemos cultivar un espíritu de fe y de humildad. Esto funciona como un anticuerpo que destruye las bacterias morales que provocan hinchazón y distensión.

Si tenemos fe, estaremos ocupados sólo en lo que Dios piensa de nosotros. Podremos sonreír desdeñosos acerca de las opiniones de los hombres, sean favorables o no, y proseguir por la senda que Dios nos ha marcado con total confianza. Los excitados devotos de los dioses gemelos Publicidad y Reputación nos adelantarán corriendo sin atraer de nosotros más que una compasiva mirada. Los autoproclamados Grandes del Reino, los Eminentes, los Destacados, nos ignorarán o se mostrarán condescendientes con nosotros, y quizá tratarán de cultivarnos con sus propios fines. Y en todo ello no nos apartaremos ni a la derecha ni a la izquierda. Honraremos a todos los hombres, seremos corteses para con todos, amaremos a nuestros hermanos cristianos, glori ficaremos a Dios, y a nadie temeremos.

Se precisa de mucha valentía e independencia de mente para insistir en ser precisamente lo que somos, y no más. Pero cuando el Señor venga, no tendremos causa alguna para lamentar que lo hiciéramos así.

¿Podría ser ésta nuestra necesidad más crítica?

CUANDO CONTEMPLAMOS LA ESCENA religiosa de nuestros días, nos sentimos tentados a fijarnos en uno u otro fallo, y decir: «Esto es lo que va mal con la iglesia. Si esto se corrigiera, retomaríamos la gloria de la iglesia primitiva y volveríamos a gozar de los tiempos pentecostales.»

Esta tendencia a la excesiva simplificación es ella misma una debilidad, y deberíamos guardarnos en contra de ella, especialmente al tratar algo tan complejo como la religión tal como se manifiesta en la actualidad. Se precisa de un hombre muy joven para reducir todos nuestros actuales males a una sola enfermedad y para intentar sanarlo todo con un solo remedio. Cabezas más viejas y sabias serán más avisadas, habiendo aprendido que la panacea prescrita raras veces va bien, por la sencilla razón de que el diagnóstico no ha sido correcto. No hay nada así de sencillo. Pocas enfermedades espirituales aparecen solas. Casi todas se ven complicadas por la presencia de otras, y están tan vitalmente interrelacionadas al extenderse por todo el cuerpo religioso que se precisaría de la sabiduría de un Salomón para encontrar una cura simple.

Por esta razón, siento vacilaciones en cuanto a observar algún defecto en la actual cristiandad y derivar todos nuestros problemas de este defecto solo. El hecho de que la llamada religión bíblica está sufriendo en nuestro tiempo un rápido declive es tan evidente que no necesita de prueba alguna, pero saber precisamente qué es lo que ha provocado este declive no es tan fácil de descubrir. Sólo puedo decir que he observado una carencia significativa entre cristianos evangélicos que podría resultar ser la verdadera causa de la mayor parte de nuestros problemas espirituales. Naturalmente, si ello fuera cierto, suplir esta falta sería nuestra necesidad más crítica.

La gran deficiencia a la que me refiero es la falta de discernimiento espiritual, especialmente entre nuestros líderes. Cómo es que pueda haber tanto conocimiento de la Biblia y tan poca sabiduría, tan poca penetración moral, es uno de los enigmas del mundo religioso de hoy. Creo que es bien exacto decir que nunca en la historia de la iglesia ha habido un tiempo en el que tantas personas estuvieran dedicadas al estudio bíblico como en la actualidad. Si el conocimiento de la doctrina bíblica fuera una garantía de piedad, esta época sería indudablemente conocida en la historia como la era de la santidad. En cambio, puede bien llegar a ser conocida como la era del cautiverio babilónico de la iglesia, o la edad de la mundanalidad, cuando la profesa Novia de Cristo permitió ser cortejada con éxito por los caídos hijos de los hombres en grandes números. El cuerpo de creyentes evangélicos, bajo malas influencias, se ha entregado al mundo, a lo largo de estos últimos 25 años, en una total y abyecta rendición, evitando sólo los pecados más groseros como la borrachera y la promiscuidad sexual.

El hecho de que esta menospreciable traición haya tenido lugar a plena luz del día con el pleno consentimiento de nuestros maestros bíblicos y evangelistas constituye uno de los asuntos más terribles en la historia espiritual del mundo. Pero me siento incapaz de creer que la gran rendición haya sido negociada por hombres de corazones perversos que se han lanzado deliberadamente a destruir la fe de nuestros padres. Muchos hombres buenos y de vida recta han colaborado con los Quislings que nos han traicionado. ¿Porqué? La respuesta sólo puede ser esta: por *falta de visión espiritual*. Algo parecido a una neblina ha caído sobre la iglesia como «la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que cubre a todas las naciones» (Isaías 25:7). Un velo así descendió una vez sobre Israel: «Pero sus pensamientos se embotaron: porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual desaparece en Cristo. Pero hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos» (2 Corintios 3:14-15). Ésta fue la hora trágica de Israel. Dios suscitó a la iglesia, y temporalmente echó a un lado a su antiguo pueblo. No podía encomendar su obra a hombres ciegos.

Ciertamente necesitamos un bautismo de clara visión si queremos escapar a la suerte de Israel (y de todo otro cuerpo religioso en la historia que dejó a Dios). Si no es la mayor necesidad, en todo caso una de las mayores es el surgimiento de líderes cristianos con visión profética. Necesitamos desesperadamente hombres de visión cuya mirada pueda traspasar la niebla. A no ser que acudan pronto, será demasiado tarde para esta generación. Y si de verdad acuden, indudablemente crucificaremos algunos en nombre de nuestra ortodoxia mundana. Pero la cruz es siempre el heraldito de la resurrección.

Nuestra necesidad no es el mero evangelismo. El evangelismo no hace nada más que extender la religión, de la clase que sea. Gana la aceptación de la religión entre grandes cantidades de personas sin dar demasiada atención a la *calidad* de aquella religión. La tragedia es que el evangelismo actual acepta la forma degenerada de

cristianismo hoy corriente como la misma religión de los apóstoles, y se ocupa en hacer convertidos para sí sin compromiso alguno. Y cada vez nos estamos alejando más de la pauta del Nuevo Testamento.

Tenemos que tener una nueva reforma. Tiene que darse una rotura violenta con esta pseudorreligión irresponsable, hedonista y paganizada que pasa en la actualidad por la fe de Cristo y que está siendo esparcida por todo el mundo por hombres no espirituales empleando métodos no escritúrales para lograr sus fines.

Cuando la iglesia de Roma apostató. Dios movió la Reforma. Cuando la Reforma declinó, Dios levantó a los moravos y a los Wesleys. Cuando estos movimientos comenzaron a morir. Dios suscitó el fundamentalismo y los grupos de «vida más profunda».

Y ahora que éstos, casi sin excepción, se han vendido al mundo... ¿qué vendrá a continuación?